



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios6621unse>

LAR

ESTUDIOS

SUMARIO

OSCAR LARSON: "LA FE Y LA CLASIFICACION DE LOS CONOCIMIENTOS EN CIENTIFICOS Y FILOSOFICOS.—*JOSE MARIA SOUVIRON*: "LA RUEDA DE LA FERIA".—*JAIME EYZAGUIRRE*: "EL APORTE VASCO A LA NACIONALIDAD CHILENA".—*ARTURO DEL VALLE*: "LEON HARMEL, APOSTOL SOCIAL".—LETRAS — ARTE — VIDA INTERNACIONAL.

62



ESTUDIOS

MENSUARIO DE CULTURA GENERAL

REDACCION:

JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 13370

Santiago de Chile

SUSCRIPCION ANUAL EN EL PAIS	\$	30
„ „ „ „ „ EXTRANJERO		1.50 Dólar
NUMERO SUELTO	\$	2.60
„ ATRASADO	\$	3.00

**SE RECIBEN SUSCRIPCIONES EN:
LA ADMINISTRACION:**

HUERFANOS 972 — OFICINA 501
SANTIAGO DE CHILE

ATENCION: DE 16.30 a 19 HORAS

AÑO VI N.º 62
ENERO DE 1938



Oscar Larson, Director de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Católica de Santiago, plantea el problema de que la clasificación de los conocimientos ilustrativos en científicos y filosóficos no es exacta, sino para ciertos conocimientos de un reducido número de investigadores especialistas, y que, en cambio, la ley general es que el hombre adquiera sus conocimientos científicos y filosóficos por medio de la creencia.

José María Souviron, señalada figura de la nueva poesía y literatura española, discurre con desenvoltura en torno a geniales sugerencias psicológicas de Baltazar Gracián.

Jaime Eyzaguirre, de la Academia de la Historia, estudia la trayectoria de la aristocracia chilena y el aporte vasco en la constitución del psiquis nacional.

Arturo del Valle, consagra desde la Argentina, unas páginas al recuerdo de León Harmel, destacado apóstol del catolicismo social en Francia.

Sobre el debatido tema de la guerra santa y la aplicación de este epíteto al conflicto de España, proporciona "Estudios" a sus lectores nuevas informaciones.

Noticias sobre la actualidad literaria, artística e internacional, a cargo de redactores especialistas, completan el presente número.

ENERO DE 1938

NOTA EDITORIAL

Protección a la infancia

EL tipo de desarrollo de la Asistencia Social en Chile ha hecho que el problema de la protección a la infancia haya sido abordado en el país por etapas incompletas, en medio de una labor poco coordinada, con dispersión de esfuerzos y sin una política de conjunto que permitiera el mayor rendimiento humano de los dineros invertidos con ese objeto". Así se expresa, en su exposición de motivos, el proyecto que para crear la Junta Central de Protección a la Infancia ha presentado al Congreso el Ministro de Salubridad, doctor Cruz Coke.

El problema del niño es uno de los más graves de nuestro país. Un aporte a su solución viene a ser este proyecto. Tiene por objeto la iniciativa del Dr. Cruz Coke coordinar la acción de los diversos organismos que en la actualidad tienen relación con la protección a la infancia, de manera de darle a esta acción una orientación uniforme y sistemática. Hoy día los nuevos servicios de Madre y Niño de la Caja de Seguro Obligatorio han venido a agregarse a los que realizan la Beneficencia, el Consejo de Defensa del Niño y diversas instituciones públicas y particulares. La Junta Central de Protección a la Infancia, que establece este proyecto estará encargada de relacionar esta acción, entendiéndola por protección a la infancia "la asistencia económica, social y médica de la madre y del niño desde el embarazo comprobado de aquélla hasta que éste cumpla catorce años".

En sus artículos 2.º y 3.º el proyecto establece:

"La Junta Central de Protección a la Infancia, desarrollará sus actividades mediante los organismos de atención maternal e infantil, fiscales o semifiscales, dependientes del Ministerio de Salubridad y de los establecimientos privados de la misma índole que reciban subvenciones del Estado o de la Junta.

"La Junta Central proveerá:

a) En el aspecto económico social:

1) A la asistencia material y moral de la mujer embarazada, como asimismo del recién nacido y del lactante;

2) A la asistencia económica y social de los padres o tutores necesitados que deban cuidar a sus hijos o pupilos sin tener medios económicos para la crianza y educación;

3) A la asistencia económica y social de los pre-escolares; y

4) A la asistencia y protección a los niños indigentes, necesitados o abandonados.

b) En el aspecto médico otorgará: 1) Atención preventiva a la embarazada, a la madre y al niño en todas las edades; 2) Asistencia para las embarazadas y puerperas enfermas, atención de partos; atención de los niños enfermos y defectuosos.

La Junta deberá recibir por el Presupuesto Nacional una suma no inferior a cinco millones de pesos. Debemos anotar que para desarrollar una acción que se armonice con la gravedad e importancia de este problema, será necesario que esta suma sea muy superior a la indicada como mínimo en el proyecto.

Cabe, al mismo tiempo, señalar el peligro de una disposición que extiende a los establecimientos particulares de protección a la infancia la obligatoriedad de los acuerdos adoptados por la Junta Central. Nos parece que semejante cláusula, aunque inspirada sin duda, en un laudable propósito de coordinación, envuelve en el fondo una seria amenaza a la vida y estabilidad de las instituciones privadas. Confiamos en que un estudio más detenido del problema y de los peligrosos alcances de esta disposición, traerá como resultado la abolición de la misma.

No obstante esto último, el proyecto en referencia constituye un avance digno de ser señalado. "Estudios" que sigue con atención e interés el desarrollo de los problemas nacionales, se complace en hacer llegar al talentoso y activo Ministro de Salubridad un aplauso entusiasta por esta nueva demostración de su espíritu social y de comprensión efectiva de la realidad chilena.

La fe y la clasificación de los conocimientos científicos y filosóficos

por Oscar Larson

En los preliminares de la Filosofía — de la Filosofía didáctica — se enseña que hay tres clases de conocimientos: vulgar, científico y filosófico. Conocimiento vulgar es el proporcionado simplemente por los sentidos, sobre las apariencias de las cosas, sin método ni profundidad. Tales son las ideas que el vulgo tiene, por ejemplo, sobre las plantas, los astros, el lenguaje, etc. Conocimiento científico es el que llega a las causas próximas de los fenómenos, sus relaciones naturales y sus leyes. Una ciencia se constituye por un conjunto sistematizado de conocimientos que se refieren a una agrupación de hechos relacionados entre sí, que forman una unidad racional: la Botánica, la Astronomía, la Gramática. Finalmente, el conocimiento filosófico se remonta a las causas últimas, o primeros principios de las cosas; su método principal es el raciocinio.

Muy bien. Nadie puede negar la claridad y veracidad de esta clasificación. Todos tenemos, en grados diferentes, conocimientos de estas tres clases. Pero surgen algunos problemas. ¿La clasificación mencionada es completa, o sea, agota todas las formas de conocimiento que en la práctica adquiere y usa el hombre? ¿Los conocimientos científicos que poseen las personas cultas, adquiridos por la enseñanza y el estudio, los deben a la observación y a la experimentación? ¿Nuestras ideas filosóficas son el fruto de nuestra reflexión personal y razonamiento lógico? ¿En qué categoría debe incluirse la fe o creencia, que es indudablemente un modo de conocimiento, frecuentísimo y de enorme influencia en la cultura de la humanidad?

Dejando aparte el conocimiento vulgar, que es el de la gente ignorante y que no nos interesa por ahora, no creo que se pueda afirmar que todo lo que sabemos de un modo cierto y ordenado lo hemos adquirido o por método científico, o por métodos filosóficos. Y no obstante, se trata de nociones, y aún de tratados enteros, referentes a las causas inmediatas de los fenómenos naturales, a sus leyes y rela-

ciones. Se trata de todo eso que se denomina la ilustración de una persona culta. Por ejemplo, los conocimientos de esa porción numerosa y a la vez escogida de los hombres que han hecho sus estudios completos de Humanidades, ¿los han adquirido por la observación y la experimentación, conforme a las reglas de Bacon, Stuart Mill y Claude Bernard? La Química que saben, la Física, la Biología, la Fisiología, la Astronomía, la Psicología y tantas otras "ciencias" que poseen ¿son el fruto de métodos científicos, aplicados por ellos?

Ciertamente que no. Esos millones de niños y de jóvenes que asisten a las aulas de todos los colegios y universidades del mundo y que son la parte ilustrada de la humanidad, han "aprendido" cuanto saben, de boca de sus maestros, o en las páginas de los libros. Lo que ellos mismos han comprobado experimentalmente es tan poco, que bien podemos no tomarlo en cuenta. Aún, diríamos que lo más fundamental de las ciencias, aquello de que nadie duda, pongamos por caso, la existencia de la célula, del átomo, de los inmensos mundos lejanos, la redondez de la tierra, o la naturaleza del éter, es lo que menos **consta** a sus innumerables creyentes. Y no obstante, estos son precisamente los conocimientos clasificados como científicos, cuyos métodos son la observación y la experimentación y de los cuales el joven bachiller se siente tan orgulloso. La verdad es que los **aprendió** de mano ajena, y los aceptó sin sombra de dudas, confiando en la ciencia y en la veracidad de quien se los enseñara.

Podría replicar el estudiante que tales datos de las ciencias se deben efectivamente a experiencias realizadas por sabios y estudiosos, que se controlan mutuamente; experiencias que tal vez el mismo alumno puede, si quiere, verificar. Es verdad; pero esta réplica no disminuye en nada la exactitud de mi afirmación, pues **de hecho** la casi totalidad de la gente ilustrada sabe lo que sabe por haberlo **aprendido** de otros, cuya autoridad científica respeta, y de hecho, no controla sus afirmaciones, sino que simplemente las acepta. Además, muchas de aquellas enseñanzas, las históricas, por ejemplo, no podría verificarlas siempre. Queda en pie además otra conclusión, que me interesa constatar, a saber: el hombre es un ser enseñado. Sólo unos pocos — seleccionados por modos y motivos diferentes — son los maestros. Estos son los que se dedican y se especializan en un aspecto del saber; el resto de la humanidad les escucha y les cree.

En asuntos filosóficos se observa la misma ley. Todo el mundo tiene algunos conceptos elementales, que pertenecen en rigor a la Filosofía; tiene sus ideas sobre el universo, su origen y su destino; sobre la realidad del mundo externo,

sobre la veracidad de nuestras facultades, sobre el alma y la vida, sobre el bien y el mal, etc. ¿Y cuántos son los que han llegado a esas ideas, mediante reflexiones y raciocinios lógicos, después de una atenta observación de los hechos? ¿Cuántos son los pensadores que filosofan por su cuenta, prescindiendo de cuanto se ha dicho antes que ellos?

Aún los especialistas, los profesores y los aficionados son discípulos de Descartes, de Kant, de Bergson, etc., etc. ¡Y con qué apasionamiento!

Llegamos, pues, al mismo resultado que en ciencias: a unos pocos, muy pocos, investigadores originales, que enseñan a una porción inmensa, que cree, acepta y aprende. (Esos mismos textos de Filosofía, que se editan para los estudiantes, están llenos de citas: “como dice Kant”, “Durkheim define así”, “Goblot admite tal cosa”).

¿Quiénes son entonces los que verdaderamente llegan a ciertos conocimientos científicos por medio de la observación y de la experimentación? Unos poquísimos sabios. Y estos pocos, investigadores personales de una rama, o de un aspecto de las ciencias, admiten, a su vez, por aprendizaje y por fe, el resto de las ciencias que no es su especialidad. ¿Y quiénes son todavía los que han hecho por sí mismos, a fuerza de reflexión y de raciocinio, su propia Filosofía? Muchos menos aún.

Me es permitido, en consecuencia, afirmar que, cuando, en los preliminares de la Filosofía, se dice que, aparte del conocimiento vulgar, hay dos clases de conocimiento más, el científico, que se adquiere por la observación y experimentación, y el filosófico, que se adquiere por el razonamiento, esta clasificación es verdadera con respecto a una parte mínima de la humanidad y de los conocimientos, pero es incompleta e inexacta con respecto a la gran porción de la humanidad y a la gran mayoría de sus conocimientos.

En realidad, éstos los adquiere por fe.

No hay que asustarse de esta palabra. Fe es creer a una persona en vista de su ciencia y veracidad: mi profesor dice en clase que el sol es un millón quinientas mil veces más grande que la tierra, y desde ese instante, aquella afirmación es para mí un conocimiento adquirido y cierto. La fe es el gran medio de saber que tiene el hombre; es el modo ordinario y frecuente. Lo acabamos de comprobar.

Diríamos más, es el modo propio y natural. Mientras los animales no progresan, porque no pueden transmitirse de generación en generación las experiencias anteriores, el ser humano, gracias al aprendizaje y a la fe, recibe, en breve tiempo, depurado y metodizado, todo el conjunto de adquisiciones acumuladas a lo largo de siglos de investigaciones,

estudios y reflexiones. No las verifica; las recibe, las cree y las pone en práctica como suyas. Y sobre ellas añade su propia experiencia, sus propias adquisiciones. Y de esta suma, está hecho el progreso de la humanidad.

En cambio, imaginemos lo que avanzaría la ciencia, lo que serían los simples estudios de humanidades, si cada sabio y cada alumno tuviesen que empezar de nuevo todas las experiencias, verificar todas las afirmaciones y reconstruir cada uno lo que ya averiguaron y conquistaron sus antepasados.

Saber por la fe es una consecuencia lógica de la calidad social del hombre. En efecto, es sociable por naturaleza; la sociedad es la condición de su existencia y el ambiente necesario para su crecimiento, su progreso y su cultura. Ahora bien, la única manera de sacar provecho de la sociedad es precisamente creerle cuando ella nos enseña, por medio de sus especialistas y maestros, todo ese caudal de conocimientos, que provienen de su experiencia en la profundidad del pasado y en la anchura del presente. La sociedad sería poco menos que inútil al género humano, si suprimimos el aprendizaje, es decir, la fe en lo que nos enseñan.

Esta manera de saber ¿es irracional? No lo será, ya que acabamos de comprobar que es el medio natural, más común y más conforme con la naturaleza. No lo es, porque la razón tiene, en el acto de fe, un importantísimo rol, cual es el de establecer precisamente si la persona a quien va a dar crédito, es digna de crédito, esto es, establecer si posee las dos condiciones indispensables para creerle, que son la ciencia de lo que dice y la veracidad. Si no se engaña, ni engaña. Es lo que se llama los motivos de credibilidad.

Dice Santo Tomás que el argumento de autoridad, el **magister dixit**, es el último y el más débil argumento en favor de una Tesis. Esta aseveración del gran filósofo, que ignoran ciertamente sus adversarios, parece contradecir cuanto hemos dicho en favor de la fe — o sea, del crédito al maestro — como medio normal y racional de conocimiento. Pero, no hay tal contradicción. Santo Tomás se refiere a la manera de probar una tesis. En tal caso, evidentemente su argumento más débil será el de autoridad: si pretendo probar, es decir, enumerar las razones que las ciencias o la filosofía tienen para demostrar que el alma es espiritual, por ejemplo, no será buen argumento éste: así lo dijo Aristóteles.

Pero cuando no estoy demostrando una tesis; cuando me dirijo a ese grupo escogido y poco numeroso de los que pueden seguir y avaluar una demostración, sino que estoy enseñando a la gran porción de la humanidad, ciertamente

puedo valerme del argumento de autoridad, no para probar mi tesis, sino para darla a conocer y hacerla creer, diciéndole a mi auditorio: la espiritualidad del alma es una verdad que han demostrado los mayores y más numerosos pensadores del género humano. Podría agregar aún: su demostración se funda en las operaciones del entendimiento, en las aspiraciones de la voluntad y en el consentimiento universal.

No procede de otra manera el profesor que dice a sus alumnos: "Según los cálculos hechos por algunos astrónomos, el volumen del sol es un millón quinientas mil veces más grande que el de la tierra", o el Tratado que enumera los pesos atómicos de los cuerpos.

En resumen: la clasificación de los conocimientos ilustrativos en científicos y filosóficos exclusivamente, no es exacta, porque no corresponde a la realidad. Sólo es verdadera con respecto a cierto número de conocimientos de un reducido número de investigadores especialistas. La ley general es que el hombre adquiere sus conocimientos científicos y filosóficos (en cuanto a su objeto formal), por medio de la creencia. Aquellos investigadores, cada uno en su especialidad, obtienen tras largos esfuerzos un nuevo conocimiento, un nuevo trocito de verdad, y la participan a los hombres, que la incorporan a su patrimonio y se la transmiten los unos a los otros. El hombre es un ser enseñado. Y en esto, como en toda la vida humana, son los tipos superiores o seleccionados los que sirven a la comunidad.

Mas, queda otro aspecto de la cuestión. Los conocimientos, llamados científicos y filosóficos por su objeto formal, no son ni con mucho los únicos o los más comunes en la sociedad humana. Esta ha vivido y hasta ha progresado largamente sin ellos, o con unos pocos. ¿En esa época el hombre no tenía más conocimientos que los llamados vulgares, que son casi siempre erróneos, siquiera por incompletos?

Nuestra vida normal y corriente, nuestras innumerables relaciones familiares, sociales, comerciales, profesionales y políticas, se fundan también en ideas y conocimientos. ¿Podemos decir que éstos caben en la clasificación enseñada por nuestros manuales de Filosofía?

Nuestra vida de familia, todas las relaciones comerciales y los contratos, el intercambio que mantenemos con abogados, médicos, ingenieros y demás profesionales, la lectura de libros y periódicos, nuestra adhesión a un partido político o a una nación, la amistad y el amor, en fin toda la vida real y social, desde que uno nace hasta que muere, descansa en conocimientos ciertos y auténticos, que no son de los lla-

mados vulgares, científicos y filosóficos, y que representan la parte más frecuente, valiosa y necesaria de la vida. En ellos se inspira toda nuestra existencia.

Pues bien esos conocimientos e ideas los debo casi de modo exclusivo a la fe humana, a la creencia. Creo a mis semejantes, como ellos me creen a mí, y gracias a eso puedo vivir en medio de la sociedad y relacionarme con los demás hombres.

Aún más, hay muchos hombres a los cuales faltan totalmente los conocimientos científicos y filosóficos y llevan perfectamente una existencia normal, pero no podrían vivir esa vida corriente, si careciesen de aquellas ideas y conocimientos que son el fundamento de las relaciones humanas y que, como hemos dicho, no son científicos ni filosóficos, sino adquiridos por la fe, y tanto, o más ciertos y necesarios, que aquellos.

Así, la verdad — que es el alimento y el objeto de la inteligencia — llega al género humano por la vía del aprendizaje, o sea, de la creencia. Suprimamos ésta, y el hombre queda reducido no sólo a la barbarie y a la ignorancia absoluta, sino a la soledad perfecta y a la anarquía.

Entonces, llega el momento de preguntar: ¿Puede en justicia limitarse la clasificación de los modos de conocimiento a tres: vulgar, científico y filosófico? ¿Puede excluirse de ellos la creencia, esto es, el conocimiento fundado en la autoridad?

* * *

En un sentido general, fe es creer a una persona; digamos, asentir, aceptar por verdadera, tener por cierta la afirmación de una persona. Analizada psicológicamente, la fe es un acto complejo del entendimiento y la voluntad: el entendimiento conoce la afirmación propuesta y la tiene por verdadera a impulso de la voluntad. Este impulso es variable, puede ser mayor o menor; pero siempre dentro de cierto límite. Quiero decir, que nunca es absoluto, de modo que sustituya la acción del entendimiento.

El entendimiento asiente (cree) por razones; estas son dos: veracidad de la persona que afirma y ciencia de lo que dice. Es lo que se llama los motivos de credibilidad. Estas razones son, en parte, a lo menos, un juicio de valor; es decir, una apreciación personal acerca de la veracidad y ciencia del sujeto a quien creo; de ahí la variabilidad o diferencias en tales juicios. La persona que merece crédito a fulano, no me lo merece a mí. En todo caso, el asentimiento de la razón no es ciego, ni está servilmente sometido a la

voluntad, sino que se funda en el juicio que él mismo hace acerca de la ciencia y veracidad de aquel a quien cree.

La voluntad se determina por motivos y móviles diferentes. Por una parte, la claridad con que el entendimiento percibe los motivos de credibilidad la inclinan a actuar sobre la inteligencia para que crea, por otra, influyen en ella móviles personales: simpatías, conveniencias, pasiones e intereses. De ahí es que la acción de la voluntad, en el acto de fe, es ya en favor, ya en contra, pero siempre apreciable.

Acto complejo, profundamente humano que produce a veces una persuasión más fuerte que la mejor demostración racional y hasta que la evidencia, la fe es uno de los fenómenos mentales más propios del hombre y el modo de conocer y saber más frecuente.

Mientras menos impulsivo y más racional es el acto de fe, más parte tiene en él aquella acción de la inteligencia que establece los motivos de credibilidad. Comprobar que una persona es sincera y que tiene ciencia de lo que dice es acto intelectual, y puede llegar a ser un verdadero proceso de demostración. Si el entendimiento llega, después de ella, a la conclusión lógica de que los motivos de credibilidad son ciertos y seguros, esto es, que el sujeto X es muy veraz y muy sabio en el asunto que afirma, lógicamente acepta como verdadero e indudable lo que afirma. Tal es, en efecto, lo que sucede con los hombres de ciencia, a los cuales damos crédito sin vacilar cuando nos dicen que han comprobado el fenómeno tal o cual, o han descubierto una ley de la naturaleza.

Cuando los motivos de credibilidad son seguros, aceptamos las afirmaciones ajenas aunque, por otro lado, nos parezcan inverosímiles. El niño, que no duda de su madre o de su maestro, les cree firmemente que la tierra es redonda, por ejemplo, si bien no se explica cómo no se caen los que están en las antípodas. Y aún más tarde, las primeras nociones de Química, de Astronomía, de Biología no parecen al estudiante muy verosímiles; pero no duda de ellas, porque se las enseña una persona que le merece fe. Su veracidad y su ciencia son seguras; luego, es cierto todo cuanto diga.

Por vulgares que parezcan los ejemplos citados, no carecen de valor psicológico y son el testimonio vivo de lo que es para el género humano la fuerza de la fe. Y por cuanto dijimos más arriba queda ya demostrado que ella es tan útil, tan necesaria y tan eficiente al hombre adulto e ilustrado, como al simple estudiante.

Si la fe humana es un acto mental perfectamente normal y conforme a la razón, puesto que en ella se funda;

la fe es el medio corriente y fácil de llegar al conocimiento de las verdades que sirven en la vida, nada tiene de extraño que sea también la fe el medio de adquirir las verdades religiosas.

Los textos de Filosofía en uso prescinden de la fe como conocimiento y sólo tratan de ella indirectamente al comparar la Ciencia, la Filosofía y la Religión. En esta comparación, hecha superficialmente, y sin distinguir una religión de otra y sin explicar el proceso racional del acto de fe, éste último aparece muy desmedrado; porque mientras se dice que el conocimiento científico se debe a la experimentación y observación y el conocimiento filosófico se debe a la demostración racional, se agrega que la Religión se funda únicamente en el principio de autoridad. Expresada así la diferencia, el lector debe sentir un profundo desprecio por la Religión. La misma expresión "principio de autoridad" es engañosa, porque parece indicar que el creyente cree, no fundado en los motivos de credibilidad, sino exclusivamente por obedecer a una autoridad, lo cual es casi irracional.

Y como ya antes se ha ocultado que la fe sea un modo o clase de conocimiento y se ha dicho que esos modos son solamente tres: el vulgar, el científico y el filosófico, más claro aparece que la Religión queda excluida de los conocimientos razonables y reducida a una adhesión absurda de la voluntad.

No obstante, si el lector — o alumno — reflexionara un momento, descubriría que todos sus conocimientos, aún los científicos y filosóficos, los debe a la fe, y que ésta no se funda en lo que se llama vulgarmente una autoridad, sino en motivos de credibilidad, que confieren a quien los presenta, autoridad en aquello de que habla. En ese sentido se usa aquí la palabra autoridad.

Por otra parte es incongruente establecer comparación entre la Ciencia y la Filosofía con la Religión. Se pueden comparar cosas análogas; pero no hay analogía entre las dos primeras y la última. Las ciencias y la filosofía son sistemas de conocimientos; la Religión es el conjunto de relaciones entre Dios y el hombre. En este conjunto hay tres elementos diversos: doctrina o verdades religiosas, que se refieren a la fe; moral o leyes de conducta, que se refieren a la voluntad, y culto o manifestaciones de adoración, petición, gratitud y reparación a la Divinidad. Toda religión, verdadera o falsa, consta de esos tres elementos. ¿Qué relación hay entre todo eso y la Química o la Filosofía? Las manifestaciones religiosas por excelencia son la plegaria, el sacrificio y la sujeción de la persona a una ley de vida. ¿Cómo comparar todo esto — que es una actitud compleja y tota-

litaria — a un sistema de conocimientos respecto a ciertos problemas especulativos, y a veces, a ciertos problemas morales? Hay en ello una extraña confusión.

El único punto de contacto entre la Religión y la Filosofía está en aquella parte doctrinaria de la primera y en la manera de conocerla. Es decir, se puede establecer comparación entre la Filosofía y la fe religiosa, que no es lo mismo que la Religión. La Religión es una norma de vida, fundada ciertamente en una doctrina; pero ésta no es toda la Religión.

Deslindado así el aspecto comparable, no es difícil descubrir las relaciones de semejanza y desemejanza entre la Fe y la Filosofía.

Respecto a su contenido doctrinal, hay semejanza entre la Filosofía y la Fe religiosa en cuanto tienen ciertos problemas comunes, como la naturaleza del alma humana, el origen del universo, la ley moral, etc. Ambos tratan efectivamente estos y otros asuntos similares; pero la Filosofía aborda muchos otros problemas que no le interesan a la Religión, y vice-versa.

Respecto al método de dar a conocer y comprobar sus respectivas verdades, hay poca diferencia entre ambas. Ante todo es preciso recordar que en la doctrina religiosa, a lo menos en la cristiana, hay dos clases de verdades: unas que, si bien son reveladas por Dios, pueden también demostrarse con el solo esfuerzo de la razón; y otras que no son susceptibles de esta prueba y se admiten únicamente por fe en la revelación divina. Las primeras, como la existencia de Dios, la creación del universo, la espiritualidad e inmortalidad del alma y la existencia de una ley moral, (verdades fundamentales del cristianismo), pueden ser demostradas racionalmente. De ahí es que se hallen en la doctrina de todas las religiones, con ligeras variantes, y aún son admitidas por hombres que no pertenecen a ninguna religión determinada. Como vemos, su método es el racional, tanto para el cristiano como para el no cristiano; pero el primero las admite también por la fe divina.

En principio, su método es la demostración racional. En la práctica, la inmensa mayoría de los hombres que profesan esas verdades, las han aprendido y se fundan casi exclusivamente en la fe humana. Sólo unos pocos filósofos conocen sus argumentos de demostración; así como sólo unos pocos creyentes estudiosos conocen todo el proceso intelectual — de que hablaremos luego — mediante el cual se prueba que Dios ha revelado esas mismas verdades.

La segunda clase de verdades son aquellas que no son susceptibles de demostración filosófica, sino que se presen-

tan al creyente por el único conducto de la revelación. Constituyen el patrimonio exclusivo de esa Religión. A éstas, más que a las anteriores, se les atribuye el nombre de dogmas, y a algunas, el de misterios; porque su explicación no es enteramente clara a la razón. No queda al hombre otro medio de conocer su existencia y aceptarla, que la fe.

¿Este acto de fe es irracional, o, a lo menos, extraño a los modos de conocimiento que son propios de todos los hombres normales? Ya hemos visto, en la parte primera de este estudio, que, en realidad, es la fe el medio normal y corriente que sirve al hombre para saber cuanto sabe; de modo que esa fe humana es el fundamento de sus relaciones sociales, familiares, profesionales y comerciales, y aún el medio como adquiere las verdades científicas y filosóficas. Desde el día en que no creyésemos a nuestros semejantes, se acababa toda relación humana, de cualquier especie que sea.

Vimos también que esa fe tiene un fundamento racional que es la verificación, hecha por la inteligencia, de la veracidad y saber de la persona a quien creemos. Esto es lo que quiere expresarse cuando se dice que la fe se funda en el principio de autoridad, es decir, que la persona a quien creemos tiene autoridad en el asunto de que habla. Si mañana viene un gran Físico, como Broglie y nos dice que ha comprobado que el éter no existe, todos le creeremos, porque **tiene autoridad** en la materia.

La fe, pues, — lo repetimos por última vez — cuando se aplica a las verdades religiosas no es menos racional que cuando se aplica a las verdades humanas. Y así como en este último caso es posible reducir las verdades aceptadas por fe al rango de verdades racionales, mediante la verificación de sus pruebas científicas o filosóficas, en el caso de la fe religiosa podemos hacer un proceso equivalente. No que los dogmas de fe puedan ser objetos de visión, ni demostrarse por razonamiento — imposibilidad en que se encuentran también muchos hechos históricos; — sino que la verificación de la calidad del testimonio garantiza la certeza de su palabra.

Y en el cristianismo hay muchos caminos de esta naturaleza. Por ejemplo: Se puede probar con pura demostración racional que Jesucristo es Dios; probada la naturaleza divina de Jesús ¿no será absolutamente racional creer en su palabra? ¿Qué hay en esto de ilógico, o contrario a las leyes ordinarias de la crítica o de la investigación personal?

Aún más, el creyente puede adoptar, si quiere, una actitud similar a la de Descartes, suponer que cuanto le enseña la fe no es cierto y empezar a construir racionalmente toda la doctrina cristiana. Bastaría para ello comprar un texto

cualquiera, de los muchos que hay, llamados de Apologética o Fundamentos de la Fe. Le bastaría abrir el primer tomo de la Suma de Santo Tomás de Aquino, publicado ya en el siglo XIII. Allí se empieza por demostrar que existe Dios y se sigue, en riguroso orden lógico, hasta los dogmas del pecado original y del infierno, que tanto desagradan a algunas comentadas de Religión.

En otros términos la fe religiosa, la fe humana desde el punto de vista psicológico son iguales. Consisten en prestar asentimiento a la palabra de una persona, cuya autoridad en el asunto de que se trata, se prueba previamente por la razón. Establecido que esa persona es veraz y sabe la materia que expone, la fe es un acto perfectamente racional. Ahora bien, en la fe religiosa, quien habla es Dios. Puede ser también la Iglesia; en este caso, se demuestra que la Iglesia es de fundación divina y custodia de la verdad religiosa. En el primer caso, hay medios sumamente fáciles para demostrar que Dios efectivamente ha hablado y que su palabra ha llegado hasta nosotros a través de conductos auténticos e intachables. El cristianismo jamás ha rehusado someterse a la crítica filosófica, ni ha escondido sus pruebas. Por el contrario, desea vivamente que todos los conozcan, porque está seguro de su valor. Lo único que teme son los prejuicios y la ignorancia con que hablan de él... algunos profesores de Filosofía. Digan, si quieren, que las pruebas presentadas no valen; pero no digan que el cristianismo es un conjunto de dogmas y misterios fundados en el principio de autoridad. Ni digan que es prohibida toda investigación racional de su doctrina — (Nada fortalece tanto nuestras creencias religiosas como la calidad de los argumentos con que las atacan) — porque eso acusa una ignorancia demasiado crasa, que consta a cualquier muchacho que ha hecho su quinto año de humanidades en cualquier colegio católico.

Indudablemente en la demostración de que Dios ha hablado en tal o cual ocasión se usan pruebas que no son corrientes en las demás demostraciones. Así lo exige la naturaleza del asunto, y así lo exige nuestra propia inteligencia. En efecto, si yo pregunto a cualquier individuo qué pruebas exigiría de un hombre que se presentara como mensajero de la Divinidad, inmediatamente me respondería: un milagro. Los mismos incrédulos dicen muchas veces: yo creería, si viera un milagro auténtico. Al exigir el milagro tienen razón: cada ser obra según su naturaleza; Dios, pues, cuando se manifiesta, debe aparecer dotado de ese dominio sobre las leyes de la naturaleza, que es lo que a nosotros más nos falta y en Él más nos admira. El milagro y la profecía son las pruebas de Dios. ¿Quién podría tachar de poco ra-

cional o poco lógico a quien cree en el mensaje de la Divinidad que nos presenta un hombre armado de esas dos pruebas aplastantes? ¿No bastan ellas para dar autoridad en el asunto de que trata a cualquier hombre?

Naturalmente que también son susceptibles de demostración todos los demás elementos que integran la doctrina religiosa, o que son su conducto humano, como la autenticidad, historicidad e integridad de la Biblia; la sinceridad y veracidad de los Evangelistas, la posibilidad y constancia histórica de tales o cuales milagros, etc., etc. Todo eso está en los libros de Apologéticas. En realidad, cualquiera de ellos es mejor prueba que cuanto llevo dicho al respecto. Puedo, entonces sacar la conclusión de que la fe divina tiene un fundamento perfectamente racional, que cualquiera inteligencia puede someter a su examen. La fe divina es, a lo menos, tan legítima como la fe humana. Su estudio y comprobación requiere tiempo y preparación, sin duda. Por eso, las verdades religiosas, como todas las demás verdades, llegan al hombre por medio de la enseñanza. Pero la puerta está abierta para los estudiosos sinceros.

Que las verdades reveladas, al abrirnos un horizonte desconocido, como es el de la naturaleza divina, sus designios y operaciones, etc. contengan algunos misterios, a nadie puede parecer extraño e irracional. ¿Sería extraño e irracional que alguno de los demás planetas estuviese habitado por seres totalmente distintos de los que conocemos nosotros y con potencias y actividades diversas? Pues, si esto es así en ese orden, con mucho mayor razón ha de haber en ese mundo distante e infinito de la Divinidad bastantes cosas que no sólo no sospechamos, sino que son muy superiores a nuestra comprensión. Dios puede, para completar nuestros conocimientos, revelarnos algunos aspectos de ese mundo divino, que no se opone del nuestro, sino que lo supera y trasciende.

Oscar LARSON

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Departamento de Propaganda en San Diego 67

La Rueda de la Feria

por José María Souviron

¡Este Gracián!... Desorientador de comentadores, tribulación de críticos, calumniado cuando han querido darle alabanza, y — como don Luis de Góngora en otro orden — piedra de escándalo para muchos, jardín cerrado para otros tantos y abierto, seguramente, para muy pocos, pues harto escasos son los que se atreven a penetrar en esa espesura sin miedo de perderse. Hay gente para quien extraviarse en la espesura es el peor de los males; no saben que allí, el silencio, la serenidad, o bien el rumor delicioso y los ruidos secretos y los crujidos misteriosos que rompen la quietud, son un manjar inapreciable para el que no halla la salida. Lo terrible sucede cuando este miedo a extraviarse en la selva — en las selvas del año o de la vida — no es sólo el temor o la angustia de no hallar puente de plata por dónde huir, sino además el susto de quedar por una noche — o por varias noches — a la intemperie, a la luna de Valencia. Temor al resfrío, y no al misterio: esto es, hábito excesivo de pasar las noches a cubierto, aun en el verano más suave. Gracián deja a la luna de Valencia, — o como dicen los franceses, a “la belle étoile”. Y no son abundantes los que se regocijan, tendidos en la hojarasca seca y abarquillada, mirando hacia un girón de cielo que, en lo alto, deja ver, entre ramas cruzadas, una estrella parpadeante, silenciosa, anclada en un océano prodigioso y movable, de lejanías. A Pascal le asustaba el silencio de los espacios infinitos. Por pensar demasiado en él. Por no darse cuenta de que, infinitos y todō, tienen su gracia, su oleaje ondulado, sus estrellas ancladas: Gracián nos enseña, en medio de una turbamulta de luceros y a los bordes de una vía láctea caprichosa, que en cada trozo del espacio “infinito” hay un rincón limitado, tierno, grato y delicioso: la luna de Valencia, que causa resfríos a los meditadores no prevenidos: hombres que, al fin y al cabo, sólo valen por uno, y no por dos, como debía de ser.

Gracián es peligroso, por todo lo dicho y por muchas cosas más: ya se dió cuenta el Prepósito General de su Orden, cuando escribía al Provincial de Aragón: “Cõviene velar sobre él, mirarle las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y papeles, y no permitirle cosa cerrada en él”. El es el primero que sabe cómo que hay que andar por el campo de la vida, y asusta a los que pasan sin darse cuenta: “A la manera que el que, paseando por un deliciosísimo jardín, pasó divertido por sus calles, sin reparar en lo artificioso de las plantas, ni en lo vario de las flores, vuelve atrás cuando lo advierte, y comienza a gozar ôtra vez poco a poco, y de una en una cada planta y cada flor; así nos acontece a nosotros, que vamos paseando desde el nacer al morir, sin reparar en la hermosura y perfección de este universo. Pero los varones sabios vuelven atrás, renovando el gusto y contemplando cada cosa con novedad”...

¿Quiénes son estos varones sabios? La frase suena a cosa barbuda, panzona, académica y reverenda. A primera vista, solamente; pues si de alguien quiere apartarse nuestro padre Baltasar, es de esa clase de gente. El sabe — y a eso vamos más que a otro asunto — que poco se puede esperar de ellos. Y aun de otros, que sin tener como símbolo esencial, exterior, todo ese conjunto adiposo, de lente estrecha y mirada más estrecha todavía, vienen a ser lo mismo. Pues en las leyes que dicta la Reina Vejezia a sus muy amados señores y los hombres buenos, cabe una buena cantidad de juventud aparente, muy de vanguardia en las palabras; pero que llevan por dentro — mucho peor, porque envenena y estorba más — todo aquel resumen de atributos: barbones, panzudos, reverendos, émulos de don Bermudo el Gotoso: y todo hacia adentro, con la máscara de la gimnasia que les quita lo de afuera, pero no lo elimina, sino que se los lleva hacia las entrañas y se los deja como vísceras. Y tan fácil como es saberlo! No los incluyó Gracián en su “Descifración de los aparentadores de lo que no son”, quizás por falta de tiempo. Pues la rueda gira a toda prisa, y aunque da vueltas, y hay que esperar a que pase de nuevo — de nuevo, fijáos bien — aquello en que no nos fijamos a la primera vez que pasó junto a nosotros. ¿No os habéis preocupado, a veces, en una feria, junto a una norio o rueda de carrillos, de fijaros en alguien que va en uno

de ellos?... Pasa por nuestra vera, rápidamente, y no nos da tiempo a catar del todo su figura; esperamos a que vuelva; desaparece en lo alto, cuando está más lejos de nosotros, es cuando más cerca está de empezar a aproximarse. Llega arriba y apenas vemos. Pero ya comienza a bajar. Preparamos los ojos; miramos reconcentradamente; pasa, y vuelve a írsenos.

Así tenemos que ver a estos súbditos de la reina Vejezia que aparentan ser jóvenes. Pues están en el término medio, no arriba, ni abajo, sino contemporizando, entre dos aguas, lejos de la vista y llevados, en el sube y baja, por una fuerza que no para aunque se mareen y den gritos.

Pero volvamos, ya que se habla de rueda, a Gracián: Su actualidad es la de todos los clásicos. Y sobre todo — lo digo sin la menor excusa — de los clásicos españoles. Le sucede algo por el estilo a Don Francisco de Quevedo. Bien merece un pequeño paréntesis — pues juntos andan él y el padre Baltasar en muchas cosas — ver lo que don Francisco dice — decía está demasiado lejos, a medio camino de la rueda, y no nos sirve — a propósito de varias cosas que están en carne viva: “Nosotros, señor, somos pocos; menos nos ha hecho el castigo de vuestros ministros; mas en tan inferior número nos parece la multitud enemiga esa, que ni tenemos vanidad de traerlos temeroso, ni la tendríamos de sujetarlos. Estos, señor, no son soldados, sino mercaderes. Débese hacer caso de sus chinos, y no de sus armadas, porque apenas son hombres. República ramera que toda la vida está ganando con su cuerpo para valientes que la defiendan; una vez dá su dinero a Francia, otra a Saboya, otra a Mauricio; que ella más fía en sus trampas que en sus manos. Nosotros, señor, hemos deseucantado su hipocresía. Con un barcón tomamos una galera; y más estorbo nos hace al entrar nuestros alfanges que los suyos. Su vencimiento está en ser conocidos, y su victoria en que los crean”... Dígase que esto fué escrito hace casi tres siglos. Sólo se nota en la galanura con que está dicho, que si no...

Pues bien: esto no es más que “las vueltas que da el mundo”. Es decir, la rueda del tiempo, rueda de feria, que vuelve y vuelve, y que nos deja ver aprisa a quien va en la barquilla, y que si no esperamos a que baje, no habrá caso de conocer bien.

Así, dice Gracián ante la rueda: "Volteaba, y escondíase el buen tiempo, y todo lo bueno con él; aquellos hombres buenos y llanos, sin artificio ni embeleco, tan sencillos en el vestido como en el ánimo, sin pliegues en las capas y sin dobleces en el alma, con el pecho desabrochado mostrando el corazón, la conciencia a ojo, con el alma en la palma, y por eso victoriosa, hombres, al fin, del tiempo antiguo, y con todo eso muy ricos y sobrados, desaliñados y nunca más bien puestos. Escondíanse aquellos, y salían otros antípodas suyos en todo: embusteros, mentirosos, falsos y faltos, que se corrían de que los llamasen buenos hombres, mas pequeños de cuerpo y también de alma, y con ser todos palabras, no tenían palabra..."

Uno diría que aquí lo viejo es mejor. Pero sería extrañarse en aquel bosque y no encontrar salida, pues no hay tal cosa, sino más bien una contraposición de dos tipos temporales en una misma época: algo como la rueda, en cada uno de cuyos cangilones van gentes que se ponen en dos puntos del espacio, pero que están variando de altura. Y si la feria es de noche, y está iluminada, entonces las lámparas y focos cambiarán a guisa del que sube y baja, y le parecerá que se mueven, cuando están quietas, y, equivocados, dirán: ¡Cómo jira esa fila de luces!, cuando, en realidad, ellos son los que jiran y la ven.

De este modo, Gracián no cesa en dar a cada uno su derecho. Y su afición a lo permanente y castizo no le quita su desafición a lo que envejece de corrido; y la Reina Vejezia, en sus mandamientos, dice a todos, lo mismo a los ilustres varones encanecidos que a los mozalbetes que se creen nuevos: "Intimamos a los viejos por fuerza, a los podridos y no maduros, a los caducos y no ancianos, a los que en muchos años han vivido poco; primeramente que entiendan, y se persuadan, que realmente están viejos, si no en la madurez, en la caduquez; si no en ciencia, en impertinencia; si no en prendas, en achaques"...

¡Este Gracián!

J. M. S.

El Aporte Vasco a la Nacionalidad Chilena

por Jaime Eyzaguirre

Extraña hermandad en el destino de la raza vasca y de la historia de Chile. Desde aquella efeméride lejana de 1520 en que el vasco Sebastián de Elcano — el primero que circunnavegó el globo — avistó los territorios australes del país, anticipándose así por varios años a su definitiva conquista, Euskadi no ha cesado de hacerse presente en cada una de las etapas de la vida nacional, hasta llegar en la génesis y desenvolvimiento de la era republicana, a supeditar toda otra influencia. De ahí que haya podido decir con razón el ilustre Don Miguel de Unamuno que las dos obras más relevantes del genio euskalduna han sido la Compañía de Jesús y la República de Chile.

Sin negar la primacía del elemento extremeño-andaluz en la conquista de Chile, forzoso es reconocer que los vascos distaron de verse ajenos a esta empresa. En efecto, si nos remontamos a los primeros lustros de la misma, vemos figurar a Ortún Jiménez de Bertendona, Nicolás de Aguirre, Hernando de Ampuero, Pedro de Armenta, Juan de Zurbano, Santiago de Azoca, Hernando de Ibarra, Lope de Landa Butrón, Pedro de Miranda, Nicolás de Garnica, Pascual de Ibaceta y Diego de Orúe, descendientes todos de solares pirenaicos. Y en esta lista debemos también colocar en señalado sitio al notable conquistador Francisco de Aguirre que, aunque oriundo de Talavera de la Reina, e hijo de un hidalgo de apellido Rúa, tuvo a honra de usar la denominación vascongada de su abuelo materno.

En el mismo siglo XVI vinieron a sumarse a esos nombres los de Don García Hurtado de Mendoza, el aguerrido Gobernador, descendiente de noble prosapia alavesa; de Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, Caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de Felipe II y Señor de la Torre de Ercilla en Bermeo (Vizcaya), que ligó su nombre al más grande poema épico de la lengua castellana; de Don Francisco de Andía-Irarrázaval, gentilhombre de Felipe II y señor de las casas de estos apellidos en Guipúzcoa; de Diego de Arana, señor de esta noble casa vizcaína; de los hermanos Don Mi-

guel, Don Pedro y Don Martín de Avendaño, nietos del Duque de Frías, y del Mariscal Martín Ruíz de Gamboa, Gobernador del Reino, valerosos soldados todos ellos e hijos de medioevales linajes de Vasconia.

Sin duda que examinados étnicamente los diversos contingentes españoles venidos a Chile hasta el año 1630, es necesario concluir que el 80% de su composición corresponde a castellanos, andaluces, extremeños y leoneses. No obstante, al decir de Don Luis Thayer Ojeda, “entre los demás elementos de la Península que, como es presumible, son casi inapreciables, es digna de atención considerar la parte que corresponde a los vascongados en la conquista de Chile; pues, si es verdad que excede apenas del 5%, esta cifra, relacionada con la superficie y población de las provincias de su origen, implica una contribución apreciable de la raza euskérica” (1).

En la segunda mitad del siglo XVII la inmigración vasca — hasta entonces reducida, aunque selecta en sus componentes — comienza a acentuarse numéricamente al punto de superar en la otra centuria el aporte de los demás lugares de España. Don Luis Thayer Ojeda, que ha calculado la composición étnica de los pobladores de Chile entre 1631 y 1810, adjudica el más alto porcentaje a las regiones vascongadas (2). Es preciso, sin embargo, advertir que el factor euskérico no llegó a constituir en el curso del siglo XVIII sino una escasa mayoría relativa, que alcanza apenas a un 27%. De ahí que la hegemonía que él vino a ejercer en el transcurso del tiempo no pueda atribuirse a una superioridad numérica sino que encuentre su origen y explicación en el grado de decadencia a que habían llegado los antiguos linajes de conquistadores, como asimismo en ciertas ventajas morales y económicas de los vascos por sobre el resto de la inmigración española.

“En efecto, los conquistadores fundaron la primera sociedad chilena contrayendo matrimonios con las mestizas peruanas y chilenas, ya que este sacramento no fué administrado anteriormente entre españoles e indígenas, al menos que sepamos. Las pocas mujeres españolas que vinieron a hacer compañía a sus maridos, no influyen en forma apreciable modificando este estado de cosas primitivo, pues el número de hombres que vinieron en la conquista fué relativamente considerable. Las mestizas se vieron, pues, en si-

(1) Luis Thayer Ojeda: “Elementos étnicos que han intervenido en la Población de Chile”. (1919), Pág. 52.

(2) Obra ya citada, Pág. 59—60.

tuación de contraer nupcias con los españoles y de ocupar una posición social que no pudieron alcanzar los varones de la misma condición. A medida que transcurrieron los años, las hijas de estos matrimonios realizaban ventajosos casamientos, mientras que los hombres veíanse precisados a mantenerse en estado de soltería o a aceptar uniones en clases inferiores que no siempre recibían la bendición sacerdotal” (1).

La preferencia de las mujeres criollas por las uniones matrimoniales con vástagos de la Península no estaba tan sólo fundada, como pudiera creerse, en el simple anhelo de realizar un aventajado entronque nobiliario, sino además en consideraciones de orden práctico que en aquellos tiempos no eran fácilmente rehuídas. Un escritor contemporáneo, el Padre Gómez de Vidaurre, anota al respecto por los años de 1789 estas juiciosas consideraciones: “En concurrencia de dos pretendientes, uno chileno y otro europeo, ambos nobles y en las otras cualidades del ánimo iguales, preferiré siempre al europeo, por dos razones: primera, porque de este modo se tiene relaciones más inmediatas con el mismo continente de España, a donde es preciso recurrir para cualquiera pretensión, a la que la inmediación de la sangre de los de Europa no puede menos hacer concurrir estos con mayor eficacia; segunda, porque los europeos saben mejor que los chilenos adelantar los caudales y no disipan tan fácilmente los bienes” (2).

Por otra parte, en el siglo XVIII se inicia para Chile un período histórico de matiz particularísimo. La epopeya de Arauco puede estimarse casi concluída. El espíritu guerrero de las centurias precedentes va en progresiva declinación y encuentra un sustituto en las preocupaciones de orden económico y administrativo. Un impulso fundacional extraordinario se apodera de los gobernadores del Reino de Chile, que pueblan de norte a sur el territorio con nuevas ciudades. La vida urbana, hasta entonces absorbida por la empresa secular de la conquista, comienza a cobrar anima-

(1) El Sr. Thayer Ojeda fija en un 18,1 % el aporte de las Provincias Vascongadas, en un 16,8 % el de Castilla la Vieja, en un 14,9 % el de Andalucía, en un 10 % el de otras Colonias españolas y en un 8,9 % el de Navarra. Como la composición étnica de esta última es en sustancia la misma que la de las Provincias Vascongadas, podemos en realidad adjudicar al elemento vasco un 27 %.

(2) Felipe Gómez de Vidaurre: “Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile”. (Colección de Historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia patria. Tomo XV, P. 286).

ción. Viene la Universidad de San Felipe a imprimir su sello en el intelecto colonial. La estética se remozca con el arquitecto Toesca que restaura Catedrales y eleva palacios y casonas. Se desenvuelve y purifica la vida religiosa al impulso de las disposiciones del Sínodo Diocesano de Alday. El comercio, en fin, adopta señalada importancia con el establecimiento del Tribunal del Consulado y las pragmáticas de Carlos III.

Ahora bien ¿podía el antiguo conquistador emplazarse con facilidad por esa nueva ruta de existencia? ¿Cabía el espíritu aventurero y luchador, rebelde e individualista del andaluz y extremeño en este marco sistematizado y rígido? Es indudable que un movimiento europeizador como el indicado no habría podido imponerse sin la favorable correspondencia de la sociedad dirigente. De ahí que para lograr este clima adecuado fuera preciso que se operara ante todo en la misma un cambio notorio y radical en su constitución étnica. Los antiguos linajes de la conquista, educados en el culto de la espada y en la profesión de la guerra, poco o nada podían decir en estos nuevos lustros de paz. Desvinculados por el tiempo y la distancia de la vida europea y unidos por la sangre y el destino al elemento indígena, debían resultar en su mayoría impermeables ante la nueva racha de cultura. Su inclinación a la vida improvisada y de aventura tenía que sumarles poco a poco o la masa anónima del pueblo. Apenas uno que otro logró a tiempo refugiarse en la soledad apartada de la hacienda, para añorar las gestas de los abuelos que el transcurso de los años acabaría por limar en definitiva de sus mentes. Ya entrada la centuria décimanona pocos quedan como los Cuevas, los Irarrázaval o los Barros para exhibir incólumes la alteza de un abolen-go que hunde sus raíces en el glorioso siglo de la epopeya ercillesca. En reemplazo de la antigua aristocracia andaluza y extremeña, que había ido a volcar su cedimento aborigen y su idiosincrasia aventurera, anárquica y perezosa en los bajos estratos sociales, se alzaba una nueva clase dirigente de origen vasco y castellano-viejo que si no se presentaba premunida de las glorias militares de la anterior, podía competir ventajosamente con la misma por la pureza de su sangre y su cultura europeas y el espíritu sobrio y emprendedor de sus miembros.

Su origen social era, por otra parte, calificado. La mayor parte de sus componentes provenía de hidalga cuna y muchos de ellos llegaron en el curso de su vida a ostentar la cruz de alguna de las históricas órdenes militares, institutos que exigían de sus miembros rigurosas y difíciles probanzas nobiliarias. Con razón pudo estampar el Coman-

dante Byron, abuelo del celebrado poeta, que visitó Santiago de Chile por los años de 1740, que “hay aquí establecidas muchas personas de calidad y buenas familias de España” (1).

Se explica así que en una sociedad esencialmente jerarquizada como la colonial e impregnada del concepto de la diferenciación de clases, encontraran los vascos fácil acceso y en un período relativamente corto llegaron a supeditar a la raza conquistadora.

Pero hay que considerar también otras circunstancias que facilitaron este predominio del elemento vasco sobre el extremeño-andaluz. Entre ellas nos parece muy digna de señalarse la fuerte solidaridad de raza y los estrechos vínculos de familia que se advierten entre los vascos llegados durante el siglo XVIII. Lo frecuente es que ellos no actúen de manera aislada, sino que irrumpen en grupos disciplinados en que la comunidad de sangre y la identidad de aspiraciones dé margen a una inquebrantable unión entre sus miembros. Así, en torno de Don Santiago de Larraín Vicuña se advierte a sus primos Don Lorenzo y Don Juan Francisco de Vicuña y Don Juan de Larraín Córdoba, y a sus sobrinos Don Martín José de Larraín Vicuña, Don Francisco Javier de Errázuriz Larraín y Don Tomás de Vicuña Berroeta. Un primo de este último, Don Pedro de Lecaros Berroeta polariza a su vez a su tío Don José de Lecaros Egozcue y a otro deudo inmediato, Don José de Lecaros Lacoizqueta. Don Manuel Antonio de Palacios Arístegui tiene a su alrededor a su primo Don Miguel Ignacio de Arístegui Querejazu, a su sobrino Don Manuel Antonio de Zañartu Palacios y a su sobrino nieto Don Luis Manuel de Zañartu Iriarte. Finalmente, junto a Don Agustín José de Yávar Tellasche se mueven sus sobrinos Don José de Yávar Tapia, Don Martín de Alvíz Yávar, Don José Ramón y Don Manuel María de Undurraga Yávar.

Sin duda que esta solidaridad de los vascos debió facilitar grandemente su hegemonía y acentuarla en el campo económico, lo que permitió dar a su triunfo duración y consistencia.

Es ya proverbial la inteligencia de los vascos para las empresas comerciales en las que, fuera del catalán, no ha habido en la Península pueblo alguno capaz de igualarlos. Esta aptitud encontró en Chile ancho campo para expandirse durante el curso del siglo XVIII en que la política de los reyes de

(1) Byron (Comandante). “Viaje alrededor del mundo”. Traducido del inglés e ilustrado con notas por Casimiro Ortega. Madrid, 1769.

la casa de Borbón vino a derogar inveteradas restricciones y a orientarse por caminos de mercado corte liberal.

Ha habido escritores que, junto con acentuar la aptitud mercantil de los vascos han afirmado el desdén de los conquistadores y sus descendientes por esta suerte de actividades. Una investigación elemental prueba, sin embargo, lo contrario. En efecto, el 15 de Septiembre de 1707, esto es cuando apenas se iniciaba en Chile la penetración vasca, el Gobernador Ibáñez de Peralta, en carta al rey, reconocía que "en este reino sólo hay dos aplicaciones, que es la de mercader, primero, y la de estanciero; y el que no tiene caudal para poder comerciar, es preciso que se aplique a cultivar la tierra para pasar la vida" (1).

Ibáñez de Peralta, al estampar la anterior observación, constataba que los descendientes de los antiguos conquistadores, toda vez que sus caudales así lo permitieran, no sólo se guardaron de despreciar el comercio, sino que lo ejercieron persuadidos de que ello no iría en mengua de la posición social que habían logrado obtener. Y que esto ocurrió en los países de América desde los primeros tiempos de la conquista lo prueba el hecho de que ya en 1544, apenas tres años después de la fundación de Santiago, arribara a las playas de Chile, a bordo del navío "San Pedro", Juan Calderón de la Barca, criado del Gobernador del Perú, Vaca de Castro, "por cuya cuenta trajo diez o doce mil pesos en mercaderías, vendiéndolas a más de ochenta mil castellanos de oro" (2).

Sería inoficioso intentar aquí una enumeración completa de los españoles no vascos que en el curso del siglo XVI, haciendo un paréntesis a la lucha cotidiana, emplearon su caudal e inteligencia en las actividades del comercio. Basta con recordar algunos nombres que por su lustre en los hechos de la conquista y su destacada posición social prueban suficientemente la verdad de nuestra tesis, como los de Juan Jufre, que estableció una fábrica de paños en su encomienda de Peteroa y ejerció con navíos propios un activo comercio con el Perú; de Alonso de Córdoba, que comerció asociado con Hernando de Poblete; de Francisco Pérez de Valenzuela dueño de varios galeones; de Luis de Toledo y, en fin, de sus sobrinos Gonzalo de Toledo, Juan y Miguel Jerónimo Venegas, que lograron reunir como mercaderes un crecido capital.

Los conquistadores y sus descendientes se hallaron pues lejos de desdeñar las remunerativas actuaciones del comercio, como han pretendido algunos escritores superficiales, aunque

(1) Citado por Domingo Amunátegui en "Las Encomiendas indígenas en Chile", Tomo II, Pág. 207.

(2) Tomás Thayer Ojeda: "Los conquistadores de Chile", Tomo II, Pág. 103.

bien es cierto que no pudieron dar a las mismas el impulso y desarrollo que lograron adquirir en el curso del siglo XVIII, en primer término porque el extremeño y el andaluz carecen del sentido realista y previsor como asimismo del espíritu orgánico y disciplinado que exige este género de empresas, y, además, porque entonces, según ya lo advertimos, el ejercicio del comercio se encontraba cohibido por infinitas trabas legales.

Las gestiones comerciales de los vascos en los siglos XVIII y XIX se realizan en forma de poderosas empresas que desbordan su actividad a lo largo de todo el continente y giran sobre la base de crecidos capitales. Así, Don Santiago de Larraín Vicuña fué en Chile agente general de la casa de comercio de su tío Don Francisco de Larraín y Zozaya, avecinado en el Perú y cuyas fragatas "Santo Cristo", "San Fermín", "San Jerónimo", "Teja María" y "Magdalena", realizaban un nutrido intercambio con todos los puertos del Pacífico. En el transcurso de los años actúan también junto a Don Santiago sus sobrinos Don Martín José de Larraín Vicuña y don Francisco Javier de Errázuriz Larraín, el último de los cuales constituyó sociedad en 1756 con Don Juan Agustín de Ustáriz para remitir periódicamente de Cádiz al Callao cien mil pesos en mercaderías. Un hijo de Don Santiago, Don Juan Francisco de Larraín Cerda adquirió en 1761 en compañía de su yerno Don Diego Portales Yrarrázaval y del Conde de Casa Dávalos, vecino de Lima, el navío "La Ermita", que por varios años realizó el intercambio comercial entre Chile y el Perú. Sin duda el espíritu de empresa de los Larraín fué por entonces extraordinario dadas sus perspectivas internacionales, pues a todos los nombres anteriores hay que agregar todavía el de otro deudo inmediato de los mismos, Don Juan Bautista de Irisarri Larraín — padre de Don Antonio José, de renombrada actuación en la independencia de Chile — que estableció en Guatemala la sede de una casa comercial conceptuada en su época como la más poderosa de la América española (1).

(1) Dignos son también de recordarse entre los comerciantes vascongados de mayor importancia Don Juan Francisco de Vicuña, deudo también de Don Santiago de Larraín Vicuña, que fué propietario de la fragata "Nuestra Señora del Carmen"; Don Manuel de Zumaeta y Amézqueta, dueño del navío "San Juan Evangelista"; y Don Antonio de la Cuadra, que lo fué de la fragata "Jesús, María y José", todos los cuales figuraron en la iniciación del siglo XVIII, destacándose en fin, en la segunda mitad del mismo, Don Manuel Antonio de Otaegui Mendizábal, cuya fragata "Nuestra Señora del Carmen", alias "El Diamante", mantuvo relaciones comerciales con la costa del Perú, país en que se hallaban establecidos sus tíos Don Juan Ignacio y Don Miguel Ignacio de Otaegui, propietarios a su vez de los navíos "La Perla Chilena" y "Nuestra Señora de Aranzazu" respectivamente.

Y como una prueba de que el genio emprendedor de los vascongados y sus hijos estuvo lejos de decaer en Chile durante la centuria siguiente, nos parece suficiente recordar la existencia de la "Compañía de Calcuta" fundada al iniciarse la República, en 1819, por Don Agustín de Eyzaguirre, y que realizó con buques propios y por primera vez el intercambio comercial con los lejanos puertos de la India y de la China.

Muy descaminado andaría, sin embargo, quien creyera que los vascos venidos a Chile desde el siglo XVII sólo demostraron aptitud para la empresa del comercio. Los hubo también y destacados en la profesión de las armas, como aquella Doña Catalina de Erauzo, mujer de extraordinaria aventura que la crónica y las letras han perpetuado con el nombre de "la monja alférez", o ese aguerrido soldado de Arauco y de Valdivia, Don Francisco Antonio de Avaria, cuya actuación mereció ser señalada oficialmente al Rey por la Provincia de Guipúzcoa. No faltaron tampoco retoños de la raza en las altas responsabilidades de la Iglesia, como el Obispo don Manuel de Alday y Axpe, cuya egregia figura llena en Chile el escenario religioso de la centuria décimoctava y trasciende a los demás países de América con su memorable actuación en el Concilio de Lima. En fin, en el campo del intelecto abre la serie de Rectores de la Universidad de San Felipe Don Tomás de Azúa Iturgoyen (1) y destaca con relieves únicos el jesuíta Don Manuel de Lacunza, que al inmortalizarse con su obra "La Venida del Mesías en Gloria y Majestad", se transforma en timbre de orgullo no sólo para las letras americanas sino para la teología universal.

No obstante, preciso es reconocer, que son las gestiones comerciales las más avenibles con el temperamento realista de los vascos, de ahí que la clase dirigente por ellos fundada en Chile asimilara todas estas modalidades de su carácter. Notoria similitud podría encontrarse entre ella y el patriciado veneciano o el de las ciudades hanseáticas, coincidiendo con estas clases en no desdeñar para sus miembros diversas actividades lucrativas que en otros países de mayores prejuicios suelen ir en desmedro de la posición social de sus gestores. Esta amplitud de criterio para todo lo que concierne al orden comercial es una nota característica de la aristocracia chile-

(1) Hasta 1802 ocuparon el mismo cargo los siguientes vasco-chilenos: Don Estanislao de Andía-Irarrázaval, Don José Antonio y Don Juan Martínez de Aldunate, Don Estanislao Recabarren, Don Juan Antonio de Zañartu, Don Francisco Javier y Don José Antonio de Errázuriz, Don Martín de Ortúzar y Don Miguel de Eyzaguirre.

na, no alterada por el tiempo y que en nuestros días ha subrayado Ernest Waggemann al advertir que ella "se distingue de la nobleza europea principalmente por no estar limitada a abarcar determinadas profesiones, pues numerosos "hijos de familia" son martilleros, corredores, comerciantes de animales y especuladores, sin que su situación social sufra menoscabo alguno". (1).

La prepotencia de los vascos que, al través del comercio, se ejerce sobre la vida intelectual, administrativa y religiosa, se afianza con la constitución de los mayorazgos. Estos permiten asegurar el esplendor y continuidad de los linajes, como asimismo oponer una fuerte base económica a las contingencias del porvenir. Sobre la extensa propiedad raíz descansará por mucho tiempo el poderío de las familias patricias, que al instaurar en las grandes haciendas un verdadero régimen patriarcal, ligarán al suyo por espacio de siglos el destino de la población campesina.

Dueña de la riqueza inmobiliaria, inspiradora de las grandes empresas del comercio, absoluta dominadora de la sociedad en sus más variados órdenes y jerarquías, la clase dirigente debía imprimir un rumbo definitivo a los acontecimientos políticos del futuro. Porque, si la gesta heroica de la conquista corresponde en primacía al grupo valeroso de extremeños y andaluces, la epopeya de la emancipación y la organización de la República es patrimonio indisputable de la aristocracia vasca (2). "La revolución de Chile — ha dicho con razón Don Miguel Luis Amunátegui — fué al principio la obra de unos pocos ciudadanos y tuvo en su origen una tendencia puramente aristocrática. Sus promotores, sus caudillos, fueron los cabezas de las grandes familias del país, los Larráin, los Errázuriz, los Eyzaguirre. Por ellas comenzó la agitación y de ellos descendió a la mayoría de la población que les estaba ligada por los vínculos de la sangre o del interés". (3).

El triunfo de la guerra de independencia debía lógicamente recaer en beneficio de la aristocracia que en ella había sacrificado la vida y fortuna de muchos de sus miembros. El

(1) Ernest Waggemann: "Die wirtschaftsverfassung der Republik Chile".—München, 1913.

(2) Tan fuera de la verdad histórica como aquello de olvidar la participación de los vascos en la conquista de Chile, nos parecería desconocer en la lucha por la independencia nacional el rol de algunas familias de estirpe castellano-vieja como los Prieto, los Bulnes, los Gandarillas, los Alcalde, los Tocornal, etc. Pero, así como en el siglo XVI quien imprime el sello es el factor extremeño-andaluz, en el siglo XIX quien impone su idiosincrasia es el elemento vasco.

(3) Miguel Luis Amunátegui: "La dictadura de O'Higgins", Pág. 39.

poder político ejercido hasta entonces en Chile por los agentes de la Corona española pasó íntegro a sus manos. Ella era, por otra parte, la única capaz de tomar sobre sí las responsabilidades del gobierno y al ejercerlo sin contrapeso por cerca de una centuria, incorpora al mismo los rasgos típicos de la idiosincrasia vasca.

Enemigo hasta lo increíble del poder del Estado, que redujo en la Edad Media a su mínima expresión en la persona del Señor de Vizcaya, entregando el control del País a los jefes de las grandes familias; apégado en fin a la letra de la ley foral, verdadero pacto entre la insipiente monarquía y el espíritu libre e individualista de sus súbditos, el pueblo vasco presentó por mucho tiempo, en buena parte de sus regiones, las características de una república patriarcal y aristocrática.

Otro tanto debía intentarse en la lejana australidad de Chile por el núcleo trasplantado de sus hijos. Al poder de la corona viene aquí a suceder el de la alta clase, sobria y realista, que si bien tolera por algunos lustros un ejecutivo fuerte no está dispuesta a confiarlo a la voluntad omnímoda de un individuo sino que se reserva el derecho de controlarlo en colectividad. El ideal de gobernante no es para ella el hombre de firme personalidad, capaz de imponerse en un momento dado por el temple de su carácter y la solidez de sus convicciones. Lo que ella busca y apetece es la masa blanda, el espíritu manejable, el temperamento anodino que a la usanza de los monarcas británicos se contenta con reinar y entregue el efectivo gobierno a los magnates de la aristocracia. El atavismo la hace oponer al Estado la organización de los partidos políticos y la comuna autónoma, y trasladar el plano de la vida pública del Ejecutivo unipersonal al sistema colegiado de los Parlamentos y Municipios. Su resistencia a las dictaduras es proverbial y ante ellas se asila — como otrora los vizcaínos en su fuero — en el culto de las prescripciones constitucionales que al dar al régimen la apariencia de una democracia entrega en realidad a la clase alta el mando efectivo del país gracias al control que ésta ejerce sobre la tierra y la finanza. Sobria y realista, procede en las gestiones gubernativas con el concepto patrimonial del buen padre de familia romano o el criterio del empresario frente a un negocio comercial. Todo lo que importe una alteración en el régimen tradicional o un culto desmedido a las ideas es mirado por ella con recelo. Frente a su cálculo, medida y equilibrio se estrellan la demagogia y el romanticismo político que durante el siglo XIX labran la ruina de las demás repúblicas americanas y, en cambio, la continuidad institucional se afianza y asegura en Chile de manera sorprendente. Pero también su escepticismo y desdén por las nuevas rutas la llevan en muchos casos a ahogar en germen provechosas iniciativas, al pun-

to de que una figura de tan manifiesta concomitancia psicológica con la misma como lo fué la de Don Andrés Bello, pudo exclamar con fastidio: "Casi no hay proyecto útil, que como demande alguna contracción y trabajo no se impugne al instante con la antigua cantinela de "país naciente", "teorías impracticables", "no tenemos hombres", etc., objeción que, si en algunas materias vale algo, en las más es un bostezo de pereza que injuria a Chile y daña a sus intereses vitales".

Y si aún queda parte donde también proyectar de manera visible ese espíritu realista unido al sentimiento hiperconservador del vasco-chileno, es en nuestra literatura. Enfeudada yace esta por la historia que emerge aun con los disfraces de la poesía y la novela. Desprovista de la imaginación, insensible a la naturaleza, seca en el estilo, minuciosa y fidedigna en los datos, expresa hasta la evidencia que la raza no se halla dispuesta a sacrificar ante ideales contingentes e imprecisos el acercó de lo positivo y concreto.

* * *

La guerra del Pacífico y la revolución de 1891 son dos hitos que, junto con marcar una orientación radicalmente nueva en la política del país, aportan el germen de abatimiento y disolución de la aristocracia.

La hegemonía internacional de Chile viene aparejada a una transformación importante en su vida económica. Hasta entonces predominaba en ésta el factor agrícola sobre el industrial y el minero, en simple gestación. Pero el triunfo obtenido sobre las armas coaligadas de Bolivia y del Perú entrega a Chile el imperio del salitre y del cobre, desplazándose súbitamente el dominio económico del país del latifundio a la mina.

Y precisamente en esto radicó la mayor tragedia de la aristocracia. Ella que con su política había realizado para Chile una tan portentosa conquista; carecía del poderío financiero para conservarla. Y, así, mientras la mina sigue enclavada en el territorio nacional para dar a sus habitantes la sensación de una riqueza propia, cae en manos del capitalismo cosmopolita que la explota para su beneficio. Y con la fuga de la mina se pierde para la aristocracia vasca la esperanza de prolongar históricamente su hegemonía. En apariencias nada se ha alterado. Pero, en el fondo, nuevos intereses vienen a mover la política, y al gobierno feudal de los dueños de la tierra, omnipotentes en el Chile agrícola de la pre-guerra, sucede poco a poco la dictadura solapada de la banca internacional.

La incorporación de Chile a la actividad minera e industrial trae también consigo la generación o el despertar de nue-

vos estamentos en la vida social. La clase media, casi imperceptible en los tiempos de la política y de la economía agrarias, cobra animación e importancia en esta nueva fase del devenir histórico. Aunque carente de homogeneidad y privada por entero de tradición política, un hondo resentimiento la mueve a arrebatarse a la aristocracia su predominio. Para ello busca alianza con las masas populares, hasta entonces meras comparsas del grupo directivo, pero que ya empiezan a tomar conciencia de su poder al calor del ideario socialista.

La revolución de 1891 completa, por otra parte, esta trayectoria. Al realizarla, en su afán de abatir el poderío del Estado, anduvo la aristocracia muy lejos de imaginar que ese triunfo alcanzado tras cruentos sacrificios, se volvería en su contra. El Congreso omnipotente que había hecho emerger sobre los cadáveres de Concón y Placilla, se le escapaba de las manos. Otras fuerzas entraban en juego y a las aristocráticas reyertas teológicas de conservadores y liberales, deberían suceder en el emporio parlamentario las violentas disputas sociales y económicas de las clases en pugna. Entonces la aristocracia terrateniente, incapaz de oponerse por sí sola al avance de los nuevos poderes, y en un supremo esfuerzo por conservar los girones de su antigua hegemonía, sacrifica su orgullo nobiliario y funde su sangre con la de los magnates de la banca, de la industria y de la mina. Ha logrado de esta manera asegurar, al menos por algunos lustros, su prepotencia ya bastante realeada, pero a la vez ha ahogado las virtudes ancestrales de la casta.

Al antiguo espíritu vasco, sobrio, previsor, de cristianas virtudes patriarcales y noble arraigo nacionalista, suceden el lujo y el derroche, la relajación de los vínculos familiares y una postura de desdén e indiferente cosmopolitismo ante los más graves problemas chilenos. La clase dirigente ya no actúa como otrora en ruta de creciente avance, sino en ademán negativo de defensa. En el fondo ella ha perdido la fe en su destino y sólo aspira a salvar de la racha revolucionaria los restos de un viejo poderío que se muestra incapaz de restaurar.

* * *

La voz de los claros varones euskaldunas, graves y adustos como la carne rocosa de sus montañas, es ya imperceptible. Sobre el tronco seco del trasplantado árbol de Guernica, símbolo de jerarquía, de libertad y de hermandad cristiana, se ha erigido la sala del banquete rebozante de egoísmo y de lujuria. En sus muros la mano encallecida del proletariado comienza a deletrear el Mane, Thecel, Phares...

Jaime Eyzaguirre

León Harmel, Apóstol Social

por Arturo del Valle

Si es difícil presentar en un artículo toda la fisonomía moral de un hombre, la dificultad crece cuando su vida ha sido una realización en todo el sentido de la palabra. Pero sirvan las páginas siguientes para mover a algún lector a estudiar la vida de León Harmel de quien León XIII hablando con Monseñor Billard, Obispo de Carcassonne, decía: "Este amado hijo me ha procurado los mejores días de mi pontificado" y Pío XI ante 2.000 obreros franceses recibidos en audiencia el 20 de Mayo de 1929: "León Harmel, nombre de honor y de la más pura gloria católica".

Hijo de antepasados que habían tenido que luchar rudamente con las estrecheces de la pobreza, pero que con un esfuerzo constante y más aún, con una honradez a toda prueba se habían conquistado una posición desahogada, nació el 17 de Febrero de 1829 en Neu-ville-lez-Wasigny en Ardenes en el Norte de Francia.

Ya su abuelo Jacques, allá por los tiempos aciagos de la Revolución Francesa en que vió su casa paterna incendiada y saqueada, dejando su oficio de herrero, empezó con una miniatura de industria de hilos, con la que pensaba, podría ayudar a muchos de sus conciudadanos, que como a él, la Revolución había dejado en la calle. Dios bendijo su caritativo esfuerzo y la industria de hilos fué tomando forma.

Jacques-Joseph Harmel, el padre de León heredó la fábrica. Después de diversos traslados fué a instalarla definitivamente en Warmeriville junto al Suipe, lugar al que por sus abundantes matorrales y pequeños bosques la madre de León puso el nombre de Val des Bois.

León Harmel, mientras tanto, con dos hermanos más, hacía sus estudios secundarios en Reims. Las difíciles circunstancias por las que tuvo que pasar por este tiempo el sostenimiento de la fábrica, se trasluce en una contestación de León a una carta de su madre:

"Gracias, gracias... querida mamá, por su carta tan cariñosa... Sí, usted tiene razón; confianza en Dios, amor entre nosotros y venga lo que venga..."

Ya a los 25 años León Harmel estaba al frente de la usina de su padre. Esta había llegado a ser un importante centro de industria y León, que siempre la llevara adelante, realizará en ella su magnífico apostolado social católico, que será una muestra de lo que puede la práctica vivida del catolicismo integral.

Obispos, sacerdotes y seminaristas interesados por la cuestión social obrera; sociólogos y economistas, como el célebre profesor Toniolo y Jaques Bertillón, irán a ver la obra realizada por León Harmel.

El Dr. Jaques Bertillón fué enviado a visitar la usina de Harmel, por el Collège libre des Sciences sociales, presidido entonces por Paúl Deschanel. Cuando quiso publicar en la gran prensa de París el resultado de su visita, "diez diarios importantes rehusaron la inserción de su relato diciendo que se les presentaba una fábula, una ilusión, en vez de un hecho científicamente demostrado". París en el siglo pasado era aún demasiado liberal para insertar en su prensa neutra un relato de esa clase.

Después de una vida llena de actividad apostólica, (también un seglar puede y debe ser apóstol) especialmente en el campo social, de la que pasamos a decir algo, murió León Harmel el 25 de Noviembre de 1914.

Apostolado de León Harmel

El apostolado exterior de León Harmel comenzó con su participación en los congresos sociales de "l'Union des Oeuvres", en 1872. Los éxitos sociales obtenidos en la tranquilidad del Val des Bois podrían interesar también a otros industriales católicos deseosos del bienestar de la clase obrera. El primer congreso de l'Union des Oeuvres se realizó en Poitiers bajo la presidencia del célebre Prelado Monseñor de Segur, en 1872.

Harmel que sólo había querido asistir como simple oyente, fué profusamente interrogado acerca de todas las realizaciones del Val des Bois. Se le pidió que el año siguiente presentase una relación. El título elegido por él fué: "L'Organisation chrétienne de l'usine". En él aparecen las principales ideas e iniciativas que inspiraron a su autor en el apostolado social cristiano de su usina.

Dice, hablando de la manera de establecer un buen ambiente entre el patrón y sus obreros:

"...es necesario al patrón más abnegación que autoridad. Es necesario tocar las almas como la hermana de la caridad toca una llaga, es decir, con afectuosa delicadeza que teme molestar cuando la cura. Este punto muy impor-

tante, demasiado largo para explanarlo aquí, guiará al patrón en la selección de lo que él debe hacer por sí mismo y de lo que debe hacer por otros”.

Los congresos se continuaban cada año. Siempre Harmel, hombre que supo vivir con su tiempo, presentaba nuevas experiencias y sugerencias sobre la realización social.

Se resistía, diciendo que no era un “teorizante”, a las repetidas instancias que se le hacían de concretarlas en un volumen. Por fin cedió a las indicaciones de algunos personajes autorizados de la Iglesia, como Monseñor Pie.

Presentó al Congreso de Bourdeaux en 1876 las pruebas y al de Puy, el siguiente año, la edición completa de su “Manuel d'une corporation chretienne”. Doscientas páginas dedica el autor a presentar la organización social y económica del Val des Bois, y en las restantes la manera de aplicarla a los otros medios industriales.

Su Santidad Pío IX le felicitó por medio de un breve en el que entre otras cosas, le decía:

“Os felicitamos por haber demostrado que el deber de los patronos y jefes de talleres es vigilar por el bien espiritual y material de sus subordinados y por haberles recordado la rigurosa cuenta que han de dar un día al divino Juez por haber descuidado su deber y también por haberles mostrado con vuestras palabras y ejemplos, que están a la vista de todos, el camino que han de seguir para vencer las dificultades y cumplir conveniente y felizmente ese saludable deber. Pero os felicitamos principalmente por haber reanimado el decaído amor a la religión, ahí donde habéis establecido vuestra usina: por haber extirpado los vicios, unido los divididos espíritus, restablecido la concordia y la piedad en el seno de la familia procurando el verdadero bienestar del pueblo”.

La trabazón íntima del “Manuel d'une corporation chretienne” lo constituye el pensamiento muchas y en diversas formas repetido, que es imposible procurar el bien del obrero sin su concurso inmediato. De ahí su interés por las asociaciones y corporaciones obreras: “Los consejos obreros, dice, son necesarios... Cuanto más aumentemos su influencia y los intereseamos en las obras, tanto más la población entera comprenderá sus beneficios. Provocando la abnegación, se hace surgir los caracteres”.

“Las asociaciones no merecen realmente ese nombre si no se gobiernan por sí mismas, por consejos obreros. Hablando con propiedad el consejo es quien establece la fusión de los corazones y de las voluntades. Si no hay más que un solo papel honorífico, no hay unión verdadera. El mejor director es impotente para procurar esa unidad moral

que hace fecunda a la asociación. El consejo, ofreciendo a los obreros una parte activa en la obra común, les hace considerar el honor de la pequeña sociedad como honor propio. Les da la energía y el valor para trabajar por el bien de todos”.

Nos alargaríamos demasiado si quisiéramos citar todos los párrafos en que de una manera o de otra, se repite esa idea. Sólo citaremos un hecho que puede ser significativo.

“El Congreso de l’Union des Oeuvres” de 1882 se celebró en Autun. Los importantes centros industriales de Creusot y Montceau-les-Mines no estaban muy lejos de allí. Harmel disertó sobre el “régimen corporativo en las grandes industrias”. Fué sensacional. Se interesó toda la prensa. Maurice Maignen cronicando el Congreso decía: “La relación del señor Harmel, con sus conclusiones aclamadas por el Congreso, no podemos menos de insistir en ello, constituye un éxito y un triunfo para la Obra, sus doctrinas y sus fundadores y sobre todo para el restablecimiento del orden social por medio de la doctrina católica... La Revolución lo ha comprendido. Se ha sentido herida en el corazón y no ha tardado en constatarlo”.

Pocos días después, precisamente en Montceau-les-Mines, las masas obreras se sublevaron. La casa del Director de la usina de Montceau, M. Chagot, fué atacada y saqueada. El mismo escribiendo a León Harmel se lo narraba y al final decía:

“Una horda de bandidos, ha podido amenazar durante ocho noches seguidas a la vida de las personas honradas, derribar las cruces, hacer saltar a dinamita la estatua de Nuestra Señora des Mines y las puertas de nuestra capilla del Bois-du-Verne, de la que han quemado el mobiliario con el tabernáculo y las sagradas especies”.

La prensa izquierdista atribuyó el movimiento revolucionario a una reacción contra el “socialismo aristocrático y clerical” de los católicos, entre los cuales se contaba M. Chagot, que se defendía en los Congresos de l’Union des Oeuvres.

León Harmel para evitar lamentables confusiones y poner las cosas en su punto mandó al **Univers** una carta abierta.

En efecto el método usado en las oficinas industriales de M. Chagot no eran los preconizados en el Congreso de Autun.

“Los beneficios de los patronos, decía, son impotentes cuando no se apoyan sobre la **asociación obrera**.”

Más aún, la experiencia ha demostrado que esos beneficios, explotados por la astucia y la perfidia de los agitadores se convierten en causas de nueva irritación. Tal es el caso de la usina de Montceau. El patrón no ha cesado de

hacer los más onerosos e ingeniosos sacrificios por la población manufacturera. Se puede decir que los ha colmado de beneficios; pero los obreros no han penetrado en el gobierno de esas instituciones admirables.

Difícilmente se comprende lo que no se toca. Entonces ¿cómo se iban a comprender los beneficios de M. Chagot?

El sistema preconizado por los Congresos católicos no es éste, de ningún modo. Por el contrario, hemos advertido frecuentemente a los industriales que lo practican (el método de no asociación) de la inutilidad de sus esfuerzos.

Creemos que el movimiento revolucionario de Montceau hubiera encontrado mucho más dificultad, si asociaciones obreras hubieran hecho cesar el funesto aislamiento en que los obreros se encontraban. En una aglomeración en que las individualidades no están unidas por un poderoso vínculo moral, los agitadores no encuentran resistencia alguna y las más groseras mentiras no hallan contradicción. Se sospecha de los mejores obreros y los malvados tienen toda la influencia...

También la obra de los círculos católicos de obreros trabaja por restablecer el régimen corporativo basado en la libertad y en el respeto de las leyes eternas, porque este régimen les dará una justa participación en la gestión de los derechos comunes, sin destruir por eso, la legítima autoridad del patrón”.

Si en la usina de León Harmel, nunca hubo una revuelta obrera o un reclamo tumultuoso de parte de los obreros, fué porque aquél practicaba lo que públicamente defendía, o mejor, defendía públicamente lo que practicaba en su usina.

La organización social en el Val des Bois

El Val des Bois era un modelo de usina cristiana. La inteligencia entre el patrón y los obreros, admirable. Cada día la fama de su maravillosa organización crecía y numerosos visitantes se llegaban a verla.

Monseñor Gibbons, el célebre Cardenal Arzobispo de Baltimore volvía de Roma en 1887. Monseñor Langenieux, Obispo de Reims anunciaba así a León Harmel su próxima e inminente visita:

“...Iremos, pues al Val el Jueves próximo. Procurad que en poco tiempo podamos darnos una clara idea del fin que pretendéis, de la vía y medios que usáis para alcanzarlo, de los resultados obtenidos y de los motivos en que se inspira vuestra fe tan ardiente por la solución de las cuestiones obreras con la ayuda de la corporación”.

Siguiendo a los ilustres visitantes podremos dar una ojeada a la corporación cristiana en el Val des Bois.

Acompañados por el conde Alberto' de Mun llegaban los dos Prelados el 5 de Mayo al Val des Bois. La familia Harmel los esperaba en el salón. Cerca de cuarenta personas; hermanos, hijos, sobrinos, etc.: todos asociados a la obra común de la usina.

Pasaron luego a la más espaciosa sala de la usina en que numerosos representantes de cada una de las asociaciones obreras de la usina los aclamaron vivamente. Eran más de veinte asociaciones, sindicato, mutualidad, servicio de descuento, compras en común, panadería, cooperativa, caja de ahorros, buenas lecturas, hospedería, juegos y consumos, compañía de bomberos, coro, música instrumental, gimnasia, club de tiro, secciones de dramática, servicio de consultas legales, conferencias de San Vicente de Paúl, Asociación del Rosario, del Santísimo Sacramento, Apostolado de la Oración, etc.

Cada asociación por medio de un obrero de su consejo pudo manifestar en una breve y concisa relación lo que pretendían y los éxitos alcanzados.

Al final León Harmel añadió: "Nuestros múltiples consejos con sus atribuciones precisas y determinadas, tienden al desenvolvimiento de la personalidad por el aprecio de la abnegación y de los diversos valores. Interesándose ellos mismos, se constituye en instrumentos de elevación moral y material de nuestra población obrera. Hacen al individuo más claramente consciente de sus deberes y de su responsabilidad en el tripartito terreno de lo religioso, económico y profesional. Preparan hombres libres, capaces de dirigir por sí mismos, tanto los negocios propios como los de la colectividad".

Es imposible entrar en detalle respecto de cada una de esas organizaciones; pero en todas aparece el espíritu que las animaba. León Harmel, hombre que poseía en grado eminente la mirada del conjunto, quería tener una población obrera a la par que profundamente cristiana, lo más instruída posible. Para ella se sirvió especialmente de la prensa, de las conferencias y de los círculos de estudio. El capellán, el médico, el instructor, los sacerdotes de las parroquias vecinas, sus hermanos Julio y Ernesto y más tarde sus hijos; diputados, sociólogos eminentes eran invitados con frecuencia a dar conferencias a los obreros.

Los "círculos de estudio" ya de orden religioso, técnico, o económico eran dirigidos por los mismos obreros; así cuidaban con más solicitud de los intereses de sus respectivas asociaciones. León Harmel siempre fiel a su máxima: "El

bien del obrero, por el obrero y con él, en cuanto sea posible nunca sin él, y con mayor razón jamás a **pesar de él**". Los consejos obreros se sentían responsables de sus decisiones. Más de alguna vez usaron de la libertad que tenían en detrimento de sus mismos intereses. Harmel escribe a este respecto:

"...Han ganado y han perdido. La tentativa de la carnicería (cooperativa) no ha hecho más que procurarles disgustos. La tienda de géneros ha sido sucesivamente, establecida, abolida, restablecida de nuevo. Todo hubiera marchado mejor y con más éxito si hubiéramos tomado el asunto por nuestra cuenta. Pero eso es contrario a nuestros principios y preferimos una marcha menos perfecta por la dirección obrera, que una prosperidad continua debida a la ingerencia de los patrones. En el primer caso, hacemos un bien, obligando a nuestros hombres a formarse por la experiencia en los negocios, en el segundo, dejamos de ser educadores..."

El amor de León Harmel a sus obreros era verdaderamente paternal. Más de una vez los consejos obreros votaron por mayoría en contra de sus proposiciones. Consecuente con su método, lejos de enfadarse, se esforzaba por darles muestras especiales de afecto, para que vieran que ningún rencor quedaba en su pecho. Por eso sus obreros encontraban siempre en él más que un patrón, "un amigo" como decía el Cardenal Vannutelli.

El recuerdo de Jesús trabajando en Nazareth causaba en su alma un hondo sentimiento, que le hacía estimar en su verdadero valor el trabajo manual cuando se espiritualiza con la intención noble y generosa.

Visitaba, cierto día, a Luis Veuillot. El célebre polemista meditaba su artículo del día siguiente. Mientras tanto Harmel conversaba con una de las hermanas de Veuillot. Pronto la conversación cayó sobre Jesucristo.

—Señorita Elisa, preguntó Harmel, si Nuestro Señor, vestido de obrero se presentara ahora aquí a la puerta ¿cómo cree usted que tendría las manos?

—¿Sus manos?... No sé... Como las tiene en ese cuadro.

—¡No! de ninguna manera, serían manos de obrero, endurecidas, encallecidas...

—¡Qué horror, señor Harmel!...

Se oyó en seguida la voz de Luis Veuillot que había oído la expresión de su hermana.

—Elisa, ¿te olvidarás que nuestro padre fué tonelero?...

Las peregrinaciones de los obreros franceses a Roma

El acendrado amor que León Harmel tenía al Pontífice Romano se fundaba en un vivo sentimiento de fe, que le hacía ver en él, al Vicario de Jesucristo y a quien en la persona de Pedro se le había hecho la promesa de una especial asistencia del Espíritu Santo.

Harmel había podido ver en su multiforme y variada actividad social y en su inmediato contacto con obreros de casi todas las provincias de Francia, los desastrosos efectos del liberalismo religioso y económico y de la incipiente revolución. Pero en el fondo veía aún un vago deseo de liberación. “En medio del desaliento universal, dice, que se ha apoderado de las masas tantas veces engañadas, el pueblo siente en sí mismo una indeterminada aspiración hacia una autoridad que no conoce y que le daría él reino de la justicia”.

La experiencia le había enseñado que los principios sociales cristianos eran los únicos capaces de satisfacer las aspiraciones populares. Para que los obreros conocieran cómo se interesaba por ellos la Iglesia concibió la idea de presentar al Vicario de Jesucristo, grandes peregrinaciones de obreros a Roma.

Mil ochocientos respondieron al primer llamado de Harmel. Su Santidad León XIII los recibió en 1887 con el cariño que recibe un padre a los hijos que van a verle. La recepción principal se tuvo en la Capilla Sixtina. El Cardenal Langenieux hizo la presentación. Se sentía orgulloso de tener entre los hijos de su Diócesis de Reims, a un León Harmel. Luego el inmortal Pontífice de los obreros tomó la palabra y entre otras cosas dijo:

“Siempre y en todas partes la Iglesia se ha ocupado de una manera especial de la suerte de las clases pobres y obreras creando y animando las grandes instituciones corporativas...

...Ese espíritu de maternal solicitud, la Iglesia lo ha hecho penetrar en las costumbres de los pueblos, en los estatutos y reglamentos de las ciudades, en las prescripciones y leyes de los poderes públicos.

Sin duda, la intervención y la acción de esos poderes no son indispensablemente necesarios cuando en las condiciones que rigen el trabajo y el ejercicio de la industria nada se encuentra que ofenda la moralidad, la justicia, la dignidad humana, la vida doméstica del obrero. Pero cuando alguno de estos bienes se encuentra amenazado o comprometido, interviniendo los poderes públicos como conviene y en una jus-

ta medida, harán obra de salvación social porque a ellos toca el proteger y salvaguardar los verdaderos intereses de los ciudadanos sus subordinados”.

Al despedir a León Harmel le dijo el Pontífice: “Deseo aún ver a los trabajadores franceses. Que vengan, yo los bendeciré y ellos me consolarán”.

En efecto, Harmel después de un período de actividad sin descanso en el que recorrió casi todas las Diócesis de Francia, y en que poco tiempo expidió más de 200.000 circulares, pudo presentar al Pontífice en 1889 10.000 obreros, que fueron a alegrar el corazón del Vicario de Cristo cautivo en el Vaticano.

Otra magnífica peregrinación obrera fué la de 1891 en la que Francia trabajadora y católica fué a dar gracias a León XIII por su célebre Encíclica “Rerum Novarum”.

Maravilla la prodigiosa actividad de este realizador social católico pero sobre todo aparecen en él tres ideas que debieran ser las directrices de los católicos de hoy día: el amor intenso y profundo a Jesucristo, la honda veneración por su Vicario, cuyas indicaciones y directivas eran para él mandatos, y el interés por salvar la clase obrera, que ahora ya en gran parte, nos han arrebatado nuestros enemigos.

Arturo Del Valle G.

NOTA.—Georges Guitton ha publicado en la Editorial “Spes” (París), dos vidas de León Harmel, una en dos tomos premiada por la Academia Francesa y otra en un volumen de 300 páginas.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y del extranjero.

Su página de redacción no tiene competidor

en el país

Escuche nuestra Radio Estación; trae los mejores programas

Exija a los suplementeros. “EL DIARIO ILUSTRADO”

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO

Epílogo de la polémica sobre la Guerra Santa

En el número 58 de "Estudios", publicamos un artículo del gran filósofo católico Jacques Maritain, aparecido en la "Nouvelle Revue Française", en el cual atacaba la teoría sustentada por el dominico español, Padre Menéndez-Reigada, quien calificaba de "santa" la actual guerra civil española.

Nuestros lectores encontraron también en el número de "Estudios" correspondiente a Octubre, un resumen de las polémicas que, acerca de este artículo de Maritain, se suscitaron en París, Bruselas y Buenos Aires, y en que participaron la revista "Sept", de los dominicos franceses, "La Cité Chrétienne", de Bruselas, dirigida por el abate Leclercq; "La Vie Intellectuelle", de París, "Criterio" y "Sur", de Buenos Aires.

En Chile, también se produjo una polémica al respecto que ha motivado una interesante carta de Jacques Maritain. Para mejor comprensión de esta última y como un necesario complemento a nuestras informaciones anteriores damos en seguida una síntesis de las opiniones vertidas aquí en torno al debatido tema.

"El Diario Ilustrado" del 15 de Noviembre último publicó un artículo intitulado "Ante la Moral", en que el Rvdo. Padre Luis Palma, de la Orden de los Dominicos, tomaba francamente posición en defensa del Padre Menéndez-Reigada. "La revolución de España, sostenía el Padre Palma, en su conjunto y grandes líneas, como en su síntesis más nítida, puede afirmarse que es una cruzada de la verdad contra el error, de los principios eternos e inmutables contra la negación simplista del orden social; es el combate de la Iberia tradicional e histórica que defiende sus valores espirituales contra una España ficticia, socialista y marxista que retorna a la barbarie y salvajismo de la prehistoria".

Refiriéndose especialmente a la polémica entre Maritain y el Padre Menéndez-Reigada, el dominico chileno se pronunciaba en los siguientes términos: "La entente intelectual

franco-belga no destruye los argumentos del eminente catedrático de Salamanca. Maritain, el más sutil oponente, raciocina en terreno falso y, por lo tanto, ilegítimas son sus consecuencias, aunque ultra sentimentales. Antes que nada, ignora en su esencia la tragedia hispana y desconoce en toda su naturaleza la realidad de los hechos; olvida el concepto moral de la guerra, sus fines y tendencias posibles; confunde las nociones verdaderas del sacrilegio; afirma la univocidad del medio y del fin, aplicando axiomas filosóficos para defender su tesis comunoides; sueña una posible santidad de causa, más bien allá entre los rojos de la FAI que en las filas nacionalistas que aclaman a Cristo Rey; ve un degradante servilismo de la Iglesia si triunfa el General Franco; arguye, en suma, con más sentimentalismo que razón dentro de un criterio y pensamiento demasiado francés”.

Al día siguiente, en el mismo periódico, Enrique Bernstein Carabantes publicaba un artículo intitulado “Maritain y la Guerra Santa”, destinado a defender al ilustre filósofo católico. A manera de excusa por entrar a polemizar, el señor Bernstein expresaba: “Es duro, bien duro para una generación que se reconoce en Jacques Maritain, verlo absolutamente incomprendida y tildada de “comunoides” su tesis, que es la nuestra”.

A continuación recordaba que la respuesta de Maritain había sido motivada por la declaración del Padre Menéndez-Reigada de que “la guerra nacional española era una guerra santa, la más santa que la historia ha conocido”. Y a este calificativo de “santa” atacaba también el discípulo chileno del filósofo francés: “Declarar guerra santa, escribía el señor Bernstein, es decir consagrada por Dios, la revolución que enluta y ensangrienta a España, nos repugna y nos choca profundamente. Si se pretende que la lucha civil española, por causas que no queremos examinar aquí, ha adquirido, en cierta forma, además del tinte de nacionalista y de anti-marxista, el carácter de guerra de religión, debemos decir francamente que esto no basta para considerarla “santa”, si bien es un elemento que debería tenerse presente al estudiar su licitud. Creemos desde lo más profundo de nuestro ser, horrorizado por la tragedia española, añadía el señor Bernstein, que el cristianismo ha de reinar por medios exclusivamente cristianos, por vías totalmente rectas. No podemos, pues, aceptar, y tenemos la obligación de protestar indignados contra tal aseveración, que Dios, para salvar a su Iglesia y los fundamentos mismos de la sociedad, tenga que valerse de un medio esencialmente profano y del que repugna y abomina el cristianismo, como es la guerra”.

Después de negar a los nacionalistas el derecho de “matar en nombre de Cristo”, Enrique Bernstein recordaba que Su Santidad Pío XI había calificado la guerra de “cosa terrible e inhumana” y agregaba: “Quisiera recordar, finalmente, al señor Palma, que los obispos españoles en su magnífica Pastoral del 1.º de Julio declararon enfáticamente que “la Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó”; y manifiestan también que al estallar la lucha civil, han lamentado el doloroso hecho más que nadie, “porque ella es siempre un mal gravísimo, que muchas veces no compensan bienes problemáticos, porque nuestra misión es de reconciliación y de paz”.

“Dejemos, pues de lado, terminaba el señor Bernstein, el concepto de “guerra santa”, concepto errado y además peligroso, porque en nombre de la Iglesia se crean heridas y resentimientos incurables contra la Religión, porque se hace blasfemar de lo santo y porque, con el pretexto de defender al cristianismo, se divide en su nombre y se abanderiza con una doctrina determinada lo que es del patrimonio de todos los cristianos”.

Al día siguiente, el Padre Luis Palma publicaba un nuevo artículo: “Es preciso, decía en él, conocer la naturaleza de los hechos y no soñar en las nubes azules e imaginarias, como acontece al distinguido filósofo del Instituto Católico de París”. “La guerra, agregaba, no es “un medio esencialmente profano y del que repugna y abomina el cristianismo”... “La guerra, como todo tratado de Derecho Natural enseña, en su definición real importa el uso, no el abuso de las armas para dirimir una contienda entre dos pueblos. Luego no es de suyo ni justa ni injusta, ni santa ni profana: es indiferente, hablando en Moral. Ahora bien, como es indiscutible que todo acto indiferente recibe su moralidad conforme sea el móvil determinante que le especifique, revestirá uno u otro de los caracteres nombrados. En consecuencia lógica, cuando la razón que determina y formaliza es santa o sagrada, la guerra tiene ética y moralmente ese carácter, no en su entidad física sino en su esencia misma y moral, que es preciso distinguir en toda acción individual y social. He ahí, pues, el concepto que olvida Maritain y que Santo Tomás y Vitoria y toda una pléyade brillante de filósofos enseñan en sus obras que sería inútil enumerar en esta discusión”.

“Pero, agregaba el R. P. Palma, ¿quién ha dicho que la guerra de España sea santa, en cuanto es consagrada, revelada, manifestada por Dios o la Iglesia? Nadie. La Iglesia no ha querido esta guerra, como no quiso las cruzadas, ni las guerras de los albigenses, ni las guerras de religión en

la reforma protestante. Sin embargo, las cruzadas fueron santas, la guerra de los albigenses fué santa y como tales reconoce la historia las guerras de religión que ensangrentaron a Europa. Pero la guerra de España, con su fe cristiana acendrada, en las condiciones actuales, en defensa de la civilización del Evangelio, es la más santa que registra la historia”.

No terminó aquí la polémica. Al día siguiente, el 18 de Noviembre Enrique Bernstein, contestaba los dos principales argumentos del distinguido dominico. Aludiendo a las cruzadas, manifestaba sus dudas respecto al calificativo de “santa” que la historia les ha dado: “Las cruzadas, cierto es, fueron estimadas santas en su época y Pedro el Ermitaño las predicó al grito de “Dios lo quiere”. Sin embargo, esta lucha contra infieles, no contra cristianos, “querida por Dios”, y, cosa que no siempre sucede, querida también por la cristiandad, no obtuvo los resultados apetecidos, sino otros de un orden bien diferente. En realidad los únicos que obtuvieron beneficios de la “santidad” de la guerra fueron los mercaderes. ¿Se podrá decir entonces que esta guerra fué agradable a los ojos de Dios? ¿Se podrá decir entonces que Dios fué derrotado por los infieles en esta “Su” guerra? Pensamos que si a todas las guerras que cita el señor Palma se les dió en su tiempo el calificativo de santas, era porque se trataba entonces de civilizaciones de tipo sacro. No cabría en modo alguno seguir empleando idéntico calificativo, erróneo de por sí, en las formas actuales de civilización, esencialmente profanas, en que lo temporal se encuentra perfectamente diferenciado de lo espiritual”.

En cuanto al argumento del R. P. Palma de que la guerra es indiferente ante la Moral, el señor Bernstein lo contestaba en los siguientes términos: “Convengo en que la guerra no es en sí ni justa ni injusta, pero es esencialmente profana. Respecto a esto no hay “indiferencia” posible”. Recordaba también que los Obispos españoles habían calificado la guerra como “uno de los azotes más tremendos de la humanidad” y que el Vaticano había preconizado en repetidas ocasiones una mediación que pusiera fin lo más pronto posible a una guerra de exterminio.

Después de preguntarse si no sería un horrible sarcasmo predicar en nombre de Cristo y al propio tiempo matar en nombre de Cristo, Bernstein terminaba pidiendo al dominico chileno que “por el deseo de “realizar”, de llegar a la realidad, no cometa el gravísimo error de acomodar los permanentes e inmutables principios del cristianismo a situaciones transitorias de hecho y que no tergiversar, por res-

petables que sean los fines humanos que se persiguen, la verdadera doctrina de Cristo”.

Dos días más tarde, bajo el título “Concretando”, el R. P. Palma se hacía cargo de los argumentos de su adversario. Con citas del historiador P. Rivas aseguraba que de las Cruzadas habían resultado consecuencias de orden religioso, ético, intelectual y artístico, más que económico. Se hacía cargo del argumento que la guerra era un hecho profano por excelencia y, “Summa” en mano, distinguía entre los tristes **efectos** de la guerra y su **causa determinante y original**. “Así la guerra significa (**no es**), exterminio, muerte, sangre, luto”, como dice gráficamente el señor Bernstein.

Contestando el argumento de que el Vaticano no preconizaría una mediación en una guerra santa, el R. P. Palma sostenía textualmente: “El cristianismo es perdón noble y generoso, pero no excluye la justicia. En consecuencia, no es un sarcasmo predicar en nombre de Cristo y hacer justicia en nombre del Rey de la Justicia. No se mata por matar, como no se opera por operar en cirugía: se hace para restablecer la salud nacional, porque reinen el orden, el progreso y la justicia”.

Al día siguiente Enrique Bernstein, junto con dar término por su parte a la polémica, contestaba en estos términos el argumento presentado por su contrincante en su último artículo: “Insiste mi distinguido adversario en no encontrar sarcasmo alguno en el hecho de predicar en nombre de Cristo y de matar, al propio tiempo, en nombre de su doctrina, que es de paz y de perdón. Sostiene que “sólo se hace justicia en nombre del Rey de la justicia”. Usurpación de poderes le diría yo. ¿Está seguro el señor Palma que aquél a quien quitamos la vida en nombre de Cristo, Cristo no lo ha perdonado en la hora undécima como perdonó al buen ladrón? ¿No cree el señor Palma que Dios en su infinita misericordia, pueda perdonar al anarquista o al comunista que nosotros matemos en Su Nombre, y lo invite a formar parte de los que estén a su diestra, tal vez en mejor postura que muchos de los que se arrogan “Su Justicia”? Triste justicia es la que nosotros somos capaces de administrar. No invadamos lo que es privativo del Señor y no nos arroguemos derechos que sólo el Todopoderoso tiene”.

Y agregaba el señor Bernstein, poniendo fin a la polémica: “Al establar esta polémica ya muy larga, me movió única y exclusivamente el deseo de precisar un concepto, de evitar que se hiciera uso indebido de la palabra “santa”. Lejos de mí toda idea de crear confusión en los espíritus. Creo, por el contrario, que cuando la religión se mantiene inalterable, cuando no se doblega o acomoda la doctrina, se evitan confusiones que van siempre en desmedro de la Igle

sia, que todos los católicos debemos mantener por encima de las pasiones humanas”.

Contestó a este último artículo el R. P. Palma al día siguiente, sosteniendo que el cristianismo no excluía la justicia ni creía inhonesta la violencia y recordaba algunos pasajes de los Evangelios de San Lucas y de San Juan en apoyo de su tesis. “Dios perdona al comunista y al anarquista, agregaba. Nadie lo niega; pero ese perdón no obstaculiza a la justicia humana”. Y en seguida el dominico chileno daba una definición de la guerra santa. “Guerra santa no es ni significa guerra divina, revelada por Dios, ministerial, consagrada ni declarada tal por un proceso canónico de la Iglesia. Ni menos aún que estén en olor de santidad sus dirigentes y seguidores: es santa porque defiende los principios más santos en la historia humana: la Religión de Cristo, amenazada en su base y esencia espirituales por la ideología más anti-cristiana y atea, como es la doctrina marxista”.

En conocimiento de esta polémica, Jacques Maritain, desde su residencia de Meudon, ha enviado, con fecha 21 de Diciembre, una larga carta a Enrique Bernstein en que aborda una vez más el debatido asunto. Por conceptuarlo de interés para esta información, damos a conocer en seguida algunos párrafos de la referida carta:

“Quiero expresarle hasta qué punto me ha emocionado la manera como tomó, en “El Diario Ilustrado”, la defensa de las ideas que he tratado de hacer prevalecer respecto a la “guerra santa” y cuya importancia me parece capital... Para juzgar realidades en que la sangre de los hombres y la significación del Evangelio están comprometidas, muchos publicistas, aún de buena fe, se contentan con manipular palabras. Si de esta manera pretenden razonar como teólogos, no hacen sino darnos un ejemplo de los abusos que del método escolástico se han hecho en malas épocas. ¿No pretendían acaso algunos escolásticos de la decadencia demostrar silogísticamente que la máquina neumática no puede funcionar como funciona? En los tiempos de la Liga se demostraba también la legitimidad del regicidio y se justificaba, mediante argumentos teológicos, el acto de un asesino como Jacques Clément”.

“El resultado de semejante método cuando en un gran número de países la prensa católica lo pone en práctica, es una mistificación de la conciencia cristiana, a la cual se hace tomar partido en nombre de los más verdaderos y santos principios, en favor de fuerzas históricas que son, en la existencia concreta, la negación o la burla de esos principios. ¡Se invocan las cruzadas! Y se invocan para tratar de comprometer a la Iglesia y al Cristianismo en un vasto movi-

miento histórico dirigido por el paganismo de Hitler, el totalitarismo de Mussolini y el imperialismo de los militares japoneses, y cuyos medios están despojados de toda justicia, de toda piedad, de toda humanidad”.

“Conocemos, agrega Maritain, los principios de Santo Tomás de Aquino sobre la guerra justa. Pero sabemos también, como lo recordaba recientemente el Obispo chino, Monseñor Jupin, que una guerra aún legítima en sus orígenes, puede transformarse en inicua por los medios que emplea y el espíritu que la guía en su conducta. Sabemos que considerando las transformaciones que ha sufrido la guerra en los tiempos modernos, los Papas Benedicto XV y Pío XI han condenado como un crimen cualquier guerra que no sea realmente una guerra de **legítima defensa**. “Dissipa gentes quæ bella volunt”, repite en numerosas oportunidades Pío XI. Y sabemos, sobre todo, que es sofístico aplicar porque sí a una guerra civil una doctrina que concierne a la guerra **extranjera...**”

“Se me ha calumniado de todas las maneras posibles — agrega — con el pretexto de que tomaba partido “por los rojos”, lo que es una burda mentira. Rehusó tomar posición en favor de Burgos o de Valencia; en ambos campos veo hombres desgraciados y equivocados; empleo todas mis fuerzas a trabajar por la paz; y a tratar de impedir que mi país corra una suerte parecida a la de España. Trato de hacer eco a las advertencias del Papa, que en la Encíclica “**Mit brennender Sorge**” nos recordaba que existe una manera de combatir al comunismo tan mala, sino peor, que el propio comunismo. No hay sino una manera eficaz de luchar contra el comunismo, es la justicia y la fuerza cristiana; sin miedo ni debilidades frente a él y sin culto pagano de la violencia y del odio. Es conveniente que la ciudad temporal se defienda con la autoridad de que dispone contra los elementos de desorden; y conviene también que le quite sus pretextos mediante una obra enérgica y obstinada de justicia social; y conviene a los cristianos vencer el mal por el bien, y ganar las almas para Cristo, dando testimonio, en su conducta práctica, de amor y de verdad”.

“¿Ha leído usted la obra de Alfredo Mendizábal “Origines d’une Tragédie”, que apareció a comienzos de Octubre y cuyo prefacio escribí yo? En su último número la importante revista de los jesuitas franceses, “Etudes”, ha publicado un artículo elogioso sobre este libro. (El artículo de “La Nouvelle Revue Française” era un fragmento de este prefacio). Le pido al editor que le envíe un ejemplar de este libro por el primer vapor. Vea en este envío, como en la presente carta, un testimonio de mi simpatía...”

MILCHO DEL EXTRAORDINARIO

El Congreso de la Juventud Obrera Católica de Francia

Ochenta y cinco mil jóvenes obreros de ambos sexos pertenecientes a la J. O. C. francesa han celebrado en París el décimo aniversario de esta asociación obrera con un congreso triunfal. Los principales actos del Congreso fueron los siguientes: Dos meetings gigantescos en que se trató: 1.º “La J. O. C. y la familia obrera, 2.º “La vida de los jóvenes en el trabajo”. Los dirigentes de la J. O. C. fueron recibidos oficialmente por el presidente del consejo municipal en el ayuntamiento de la ciudad de París. La víspera de la gran concentración se celebró en la noche una fiesta magnífica dedicada al trabajo. Esta fiesta nocturna fué algo espléndido y de un sentido cristiano admirable. Por fin el último día 18 de Julio, se celebró la gran concentración a la que asistieron 85 mil jóvenes obreros de ambos sexos; tres Cardenales, y muchos Obispos y Sacerdotes. Recorramos los principales actos de este congreso triunfal.

Diez jóvenes trabajadores exponen la situación de la juventud ante el problema de la familia. Se narran hechos que demuestran la influencia desastrosa que ha pesado hasta hoy sobre la familia obrera. El inmenso auditorio ovaciona a los oradores. Al final se resumen las conclusiones que son las siguientes:

“La J. O. C. declara:

Que la familia es la primera y la más necesaria de las instituciones que reclama la naturaleza humana; es la piedra sobre la que descansa el edificio social; si la familia se arruina, se derrumba la sociedad; que no sólo la familia es la fuente de la vida sino también de todo progreso, y de toda civilización.

Que la familia obrera, en particular tiene en la humanidad una misión esencial que cumplir.

Que el hombre debe hallar normalmente en la familia, junto con la existencia los medios de formación y de desa-

rollo necesarios hasta el día en que él mismo funde un nuevo hogar.

Que si la familia llega a cumplir con este fin, los hombres serán mejores y más felices... la sociedad más armónica y más próspera.

“Y a la vista de este ideal la J. O. C. **declara:**

Que la falta de viviendas convenientes y sanas; la mala organización del trabajo y del tiempo no permiten a los jóvenes trabajadores prepararse para su misión de educadores; que la ocupación de las jóvenes en trabajos propios del hombre no facilita el respeto que se debe a la futura madre de la clase obrera y le hace perder su delicadeza y el encanto de su naturaleza; y además que el trabajo que pesa sobre las madres de familia les obliga a descuidar sus deberes más sagrados.

“En vista de estas declaraciones la J. O. C. **pide insistentemente** a todos los responsables:

Que la familia no sea jamás sacrificada a las pretendidas exigencias de los negocios o de la economía; sino al contrario, sea defendida, sostenida, animada;

Que el Estado intervenga para proteger todos los derechos y promover el bienestar de la familia en el terreno material y moral;

Que se lleven a cabo las reformas necesarias en la vida económica por medio de la colaboración entre los poderes públicos y las organizaciones patronales y obreras, a fin de permitir la vuelta de la madre al hogar; salarios suficientes; habitaciones convenientes e higiénicas; moralidad en las calles, diarios y revistas y en los espectáculos.

Los 25,000 jocistas asistentes a este meeting declaran que su voluntad se mantendrá inquebrantable hasta obtener; por medio de sus campañas ante la opinión pública, por su acción conquistadora y educativa en las familias obreras, por medio de la conquista de sí mismo, fundar un hogar sano, dichoso y fecundo.

“Que el trabajo **es para todos** un deber sagrado; que es la fuente de toda prosperidad; que él debería con este espíritu extender entre los hombres la solidaridad y la paz.

Que por su trabajo el hombre no es un instrumento ciego y desdeñable, sino el colaborador de Dios para complementar el orden en el mundo y para hacer triunfar su reinado de Justicia y de fraternidad.

Que el trabajo es en derecho y debería ser de hecho una fuente de alegría y de ennoblecimiento para el hombre; que en el trabajo debe el hombre revelar y desarrollar su personalidad.

Pero por otra parte la J. O. C. **declara:**

Que trágicas condiciones de aprendizaje, de trabajo, de higiene y de salarios impiden a menudo a los jóvenes de la clase obrera llenar sus deberes y ejercitar sus derechos, que la materia inerte sale ennoblecida del taller al mismo tiempo que los hombres allí se corrompen y se degradan como lo ha afirmado tan vigorosamente el Papa Pío XI, que los jóvenes han sido casi siempre olvidados en el establecimiento de convenciones colectivas, que ellos son a menudo tratados, de día en día, como adultos formados, siendo así que son aún adolescentes con una voluntad vacilante.

En vista de todo esto la J. O. C. pide:

Que todas las autoridades responsables se preocupen en adelante de salvaguardar la formación, la educación, la salud física y moral de la juventud asalariada, obligada a vivir en un medio que debería continuar la obra de la Familia y de la Escuela en lugar de destruirla.

Atrae su atención principalmente sobre:

La orientación profesional y la preparación a la vida de trabajo.

La organización del aprendizaje.

La moralidad y la competencia de los capataces.

El salario suficiente y progresivo.

Pide, en una palabra, que el medio del trabajo no sea un presidio, un lugar de embrutecimiento o de desmoralización, sino que sea un verdadero taller de trabajo, de apostolado, de honor; pide una vida de trabajo más humana y más justa, que nos permita realizar con decoro y dignidad nuestros destinos de trabajadores y de hijos de Dios.

Los jocistas afirman su decidida voluntad de dar a conocer y sostener y llevar a feliz término este programa por una propaganda incansable, por su acción social y por sus intervenciones, por el ejemplo de su abnegación cotidiana a esta causa sagrada y por sus esfuerzos a sí mismos, cueste lo que cueste, para este ideal".

Desde las cinco de la mañana las calles de París revisten un aspecto desacostumbrado. Por todas partes surgen grupos de manifestantes. A las nueve el Parque de los Príncipes es una baraunda de gente; han ido llegando grupos, delegaciones, dirigentes, sacerdotes, obispos, cardenales; a las 9.45 sube el sacerdote al altar; es un joven ex-jocista que va a celebrar su primera Misa en el décimo aniversario de la fundación de la J. O. C. francesa.

Al Evangelio, después de leer la carta del Papa, el Cardenal Verdier pronuncia un discurso emocionante. Entre otras cosas dice el Cardenal: "Hace diez años la Juventud Obrera estaba abandonada; las risas malévolas, los cuerpos cansados, los corazones agriados, las almas muertas; pero entonces de

la noble Bélgica, de un gran corazón sacerdotal, brota este grito: "En nombre del ideal cristiano comencemos la gran cruzada de los tiempos modernos, salvemos a la Juventud Obrera".

"Este grito remueve desde entonces Bélgica y Francia. Cuatro jóvenes trabajadores, diez jóvenes obreras, modestos obreros y obreras, sin gran instrucción, sin fortuna, sin relaciones, inician esta **marcha** triunfal. Ellos tienen en el corazón dos cosas: el amor a la clase obrera y la confianza en Cristo. Eso les basta.

"Diez años han pasado; diez años de penas, decís vosotros, diez años de sufrimientos, pero diez años de conquistas. Y después de estos diez años ¿que vemos? En diez y seis naciones, hoy día contemplamos los frutos de esta semilla.

Quinientos mil jocistas propagan a través del mundo su ideal. Los poderes públicos nacionales e internacionales los consultan y reciben sus delegaciones. La misma conferencia internacional del trabajo escucha sus aspiraciones...

"Nosotros construimos, decís vosotros, la Ciudad, la Ciudad nueva, la Ciudad cristiana. ¿No existe acaso la Ciudad cristiana? ¡Ay! entre nosotros, no había más que un recuerdo de ella, pues manos sacrílegas la habían profanado; le habían arrebatado su verdadera alma, Dios. Y abandonándonos Dios, se había llevado consigo todo lo que constituye aquí abajo la fraternidad humana, la paz social y la verdadera felicidad...

"Qué hermoso es ésto, yo no puedo sino enumerar los elementos de esta ciudad nueva en la que vosotros cifráis vuestra dicha y la de vuestros hermanos...

Por lo tanto dad a esta obra toda vuestra confianza, todo vuestro ardor y vuestra vida. Comprendéis la grandeza de vuestra tarea y la realizáis como quien va a una victoria segura. Conservad cuidadosamente este optimismo. Sois cristianos y franceses. Dios está doblemente con vosotros. El objetivo de vuestros trabajos y vuestras luchas es el más hermoso que existe...

"A la luz del Evangelio estudiáis vosotros los grandes problemas de la hora presente. Y ya la experiencia os ha dicho muy alto que estáis en el camino de la verdad y de la salud.

"Hay dos problemas sobre todo, cuya solución anheláis de una manera particular, el problema del trabajo y el de la familia. Pues bien, estos dos problemas ¿no son acaso los más fundamentales y urgentes? En cada uno de los dos, lo digo bien alto, vuestra posición tan cristiana es admirable. El trabajo no es para vosotros ni un tráfico ni una fuerza puramente natural. Se os presenta con un tinte mucho más

noble y más hermoso. Es la actividad querida por Dios y cuyos fines son admirables. Se os presenta como la noble conquista de los medios de subsistencia, como el noble desarrollo de vuestra personalidad, como el medio de ayudar a ser felices a vuestros hermanos; y agregáis en una feliz imagen, estas palabras: "Por el trabajo completamos el mundo".

"Vosotros, como decís, veis en él, la común ley de solidaridad, la lección de igualdad humana, el sublime lazo de fraternidad. Qué magníficas fórmulas. El trabajador no es ya el esclavo, ni el siervo; ni siquiera el proletario. Es el hijo de Dios, el hermano de Jesucristo obrero; el agente de su propia dicha y de la dicha de sus hermanos.

"Bajo esta luz os es fácil exigir para el trabajador el respeto a su persona y a sus derechos. Haced vosotros así queridos, Jocistas, todas las justas reivindicaciones y todas las legítimas esperanzas. En vuestros labios y en vuestros escritos encontramos las reivindicaciones sociales más actuales penetradas y ennoblecidas por la caridad: salario vital, salario familiar, aplicación de justas leyes sociales, respetos de los contratos, libertad sindical, organización profesional.

"Vuestra fe no repudia ninguno de vuestros derechos, no pone trabas a ninguna mejora de la suerte del trabajador, no paraliza ningún adelanto de verdad. Lejos de eso. Todo al contrario, os lo repito, para la dicha de la humanidad y para el verdadero progreso ella exige que estos grandes problemas se encuadren siempre en una atmósfera de justicia y caridad.

"Y lo que precisamente da a vuestro movimiento una grandeza singular es que ante él se abren las más bellas esperanzas. Sí, por vuestra doctrina y por vuestro espíritu vosotros sois los verdaderos artistas del bienestar del obrero y de su dicha.

"Por eso con emoción nosotros os vemos queridos jóvenes, abordar el problema del hogar después del problema del trabajo. Aquí aún vosotros enfrentáis ruinas acumuladas por manos sacrílegas. El hogar francés era en otro tiempo para el mundo entero un hogar ideal. Y yo os emplazo, vuestros ojos de adolescentes ven en la tierra de Francia un número demasíadamente grande: hogares destrozados, hogares mutilados, hogares estériles, hogares muertos, cuántas víctimas inocentes entre los niños. ¡Cuántas vanas promesas, cuántos falsos juramentos, cuántas aventuras dolorosas?

"Ante estas ruinas, ante estas miserias horrorosas, qué hermoso es, qué dulce, qué reconfortante es oír decir: "Nosotros queremos ascender con nuestras jóvenes esposas hacia un ideal noble, comunión de almas, efusión de corazones, ofrenda luminosa para la vida, alegre nido de niños, dichosa vejez de

los Padres, hogares de alegría, hogares de oración, hogares de conquistas y lo que es mucho más hermoso: "ofrenda de los dos por la salvación de la clase obrera".

"Y vosotros añadís: No más habitaciones repugnantes, recursos suficientes, viviendas sanas, la madre en el hogar". En una palabra: el hogar cristiano con un digno bienestar. He ahí vuestro ideal. Lo realizaréis, queridos jóvenes, y mañana Francia os bendecirá, pues el hogar restaurado, es la dicha de todos, es la paz social, es Francia en adelante capaz de volver a emprender en el mundo su marcha gloriosa y bienhechora.

"Y para realizar estas maravillas en el mundo del trabajo y en el hogar, vosotros vais a Cristo y a El sólo. "Nuestros corazones y nuestras voces unánimes, decís vosotros, piden a Cristo obrero su socorro y su fuerza para las victorias de mañana. Para nosotros añadís, Cristo será el único Jefe, será la única Verdad, será la única Esperanza, será el único Salvador, será el único Amor, estará presente en nuestros corazones y viviente en nuestras almas y nosotros **haremos cristiano a nuestros hermanos**". Tales acentos conmueven hasta lo más hondo las almas de vuestros Pontífices, de nuestros Sacerdotes, de todos los franceses.

El inmenso escándalo de un proletariado descristianizado, el más grande escándalo del mundo contemporáneo de que clamaba, Pío XI ¿va a desaparecer? Ni las protestas del egoísmo, ni la fuerza, ni tampoco las legislaciones sociales pueden hacerlo desaparecer. Vosotros, queridos jóvenes con Cristo, con la Iglesia, alimentados con la doctrina y llenos de la vida de vuestro cristianismo, habéis jurado hacer un milagro que nuestra timidez no esperaba. Mañana gracias a vosotros, gracias a vuestras hermosas vidas, gracias a vuestras sabias doctrinas el mundo del trabajo, para dicha suya y nuestra, para gloria de Francia y para el bien de la humanidad se arrojará en los brazos de Cristo Nuestro Dios.

"Hijos del milagro, nosotros os bendecimos. Que Dios os ayude".

Pasemos por alto el almuerzo y vengamos a tratar de la magnífica asamblea de clausura. La muchedumbre es aun más numerosa que en la mañana, todo el espacio disponible está ocupado. Es una juventud nueva que se levanta en estos tiempos nuevos.

El locutor saluda con palabras vibrantes en nombre de la J. O. C. a los miles de jóvenes trabajadores que han respondido al llamado de sus hermanos jocistas. Saluda a los jocistas de Algeria, de Marruecos, de Túnez, a los 200 jocistas enfermos y a las 15 delegaciones extranjeras.

Enseguida viene una breve evocación del estado de los jóvenes trabajadores cristianos en 1927; el primer llamado de los modestos fundadores de la J. O. C.; y su vitalidad actual simbolizada o mejor patentizada por la manifestación de miles de banderas desplegadas. Se termina este número con la alocución de F. Bouxon, secretario general de la J. O. C.

Luego se procede a la incorporación de los nuevos jo-cistas.

Pero para renovar la sociedad, para levantar la ciudad nueva no basta mejorar el medio del trabajo, hay que ir a la familia, por eso en nombre de la futura madre de la clase obrera habla la Srta. Juana Aubert, secretaria general de la J. O. C. F. Un interesante grupo de jóvenes obreros y obreras cantan algunos diálogos, trazando la fundación del hogar obrero cristiano hasta el llamado de ambos esposos a formar parte de la L. O. C. (Liga obrera cristiana).

Por último habla el canónigo Cardyn, fundador de la J. O. C. Las concepciones emitidas sobre el trabajo y la familia tales cuales han sido expuestas hallan su fundamento en el mensaje de verdad que Cristo nos trajo. Termina el canónigo Cardyn su alocución con un homenaje, de que toda la magna asamblea se hace eco, al Carpintero de Nazaret, único Jefe, única Esperanza, único Salvador de la humanidad. Y el grupo de jóvenes canta un himno de homenaje al Papa representante de Cristo en la tierra y pone punto final con un llamado dirigido a toda la clase obrera.

Este congreso fué un congreso digno de la J. O. C. mundial. Tratando de él se ha dicho que "es una esperanza inmensa" pero a la verdad no es sólo una esperanza, es una victoria.

Nuevos testimonios sobre la Rusia Soviética

El periodista norte-americano Patterson, de regreso de una visita a Rusia, ha publicado algunas de sus impresiones en el "New Yorker Staatzeitung und Herold".

"La Rusia soviética — dice — está paralizada por el temor de que la actual revolución latente se convierta súbitamente en abierta rebelión. Angustia, terror y espanto reinan en todas partes. Una neurastenia colectiva se ha apoderado de toda la Nación y hasta los más importantes funcionarios temen por su existencia".

Patterson tiene la impresión de que el pueblo ruso es el más pobre y peor vestido de toda Europa. Las libertades.

de prensa, de palabra, de reunión, garantidas por la nueva Constitución son sólo una farsa.

“El pueblo ruso, declara, es el más oprimido del mundo”. Las prisiones están repletas de personas que se han atrevido a expresar su descontento por la política del Gobierno.

El diario oficial “Pravda” ha estado anunciando las cifras obtenidas de las “donaciones voluntarias” para la España roja, a fin de ayudar a los gobiernistas en la guerra civil. En 1936 esta suma alcanzó a 26 millones de rublos y en 1937 se habla de decenas de millones. Estas sumas se reúnen por medio de “colectas” en los establecimientos industriales y reparticiones públicas; y según “Pravda” estas colectas ya son “una costumbre establecida”. Esto significa que los pobres obreros soviéticos están siendo regularmente despojados de parte de sus salarios de hambre en favor de España roja.

Por mucho tiempo se creyó que Rusia soviética había logrado resguardar a sus intelectuales de las sorpresas de la política, pero los hechos demuestran otra cosa.

Uno de los mejores y más populares escritores de Rusia contemporánea, Boris Pilnjak, ha sido recientemente encarcelado. La “Komsomolskaja Pravda” publica el motivo de su arresto. Es el siguiente: una aldeana rusa que fabricaba muñecos vestidos con trajes típicos, narró en 1932 la historia de esta industria manual a Boris Pilnjak, el cual tomó algunos apuntes para hacer enseguida una novela, la que, en efecto, apareció no hace mucho. El autor fué por ésto acusado de haber tergiversado un documento de dominio público, delito que en Rusia está castigado con la pena capital.

Después de él fué arrestado el inspector de teatros y literatura, Kirschen, acusado de trotskismo e internado como enemigo del Estado.

Amoglovej, el conocido director del “Pequeño teatro” de Moscú fué recientemente declarado “enemigo del pueblo” y tuvo que defenderse ante sus colaboradores de la acusación de tener sentimientos hostiles al bien público.

En Mins, no hace mucho, fué arrestada una compañía completa de actores incluyendo a su Director.

Hasta ahora los artistas y los intelectuales pensaban que bastaba cumplir con conciencia su misión científica o literaria; pero ahora no pueden dejar de informarse diligentemente de las cuestiones políticas, haciendo así lo que antes les era prohibido.

“El “Resurgimiento del partido”, órgano del comité central del partido comunista, en su edición de Julio publicaba informaciones con motivo de las contra-manifestaciones “inauditas” promovidas por ex-colaboradores de Lenín contra el régimen, en diversos museos de Rusia. Acusan en primer lu-

gar al directorio del "Ermitage" de Leningrado, de fama mundial. Todo el personal de este museo fué licenciado, algunos arrestados y otros intelectuales han venido a reemplazarlos, aunque no son miembros del partido comunista. Medida singular para quienes conocen la conducta del gobierno para con los no inscritos en el partido.

He aquí lo que ha llegado a ser la ciencia, el arte, la literatura en Rusia soviética. El que pertenece a esos centros intelectuales se siente menos seguro que un aventurero político de la especie de aquel Jagoda, que fundó su poder sobre las ruinas de millares de sus conciudadanos.

El mejor tónico cerebral

"Fitosan"

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio



IDEAS Y

HECHOS

Letras

Ediciones católicas Un renacer católico chileno estamos viviendo. Quizás no lo sea en cantidad, en masa, pero sí en selección. Y como para el cristiano la verdadera, la real selección es la de la santidad, debemos entender que este aumento de vitalidad católica está en los caminos de la gracia. Porque ahora está sintiendo la necesidad de saber la religión, de vivirla, de incorporarla, no al dominio de los gestos, sino a la propia entraña. Este renacimiento litúrgico, pequeño, pero en aumento, nos lo prueba.

Y así como se llena el cuerpo cristiano de luces así saltan destellos, así aparecen actitudes a los ojos del mundo, que prestigian — en el puro terreno humano — a la hermandad católica.

Sin embargo, en el campo editorial, en los libros, parece que no hubiera existido ningún comienzo de nueva vida. No negamos haber encontrado casa editorial que publique folletos de no excesivo aliento pero, exclusivamente eso: pequeñas reuniones de páginas, casi siempre de carácter devoto, o de otros temas de interés, pero, presentados con tal pobreza que hacen desmerecer su rico contenido.

La carencia de una fuerte editorial católica, prueba la falta de buenos escritores o la carencia de público lector, y ambas cosas son índice de pequeña vitalidad para un cuerpo social. Esa falta de escritores y lectores católicos a qué atribuirlos? ¿a defectos de educación, a una no inquietud, a un no sentirse obligado a ser perfectos?

Estamos en presencia de algunas ediciones católicas americanas: nada extraordinarias en su contenido, pero sí con el sello de esta época, con aquél aire que hace simpática la lectura, que nos hace hallar la fraternidad de problemas y soluciones; y además, con limpieza, excelente presentación, mejor dicho, digna.

No se puede envolver esto y rechazarlo con una explicación de pauperismo económico. No. Hay en el fondo algo más definitivo: una necesidad de mover las almas para ser incorporadas al movimiento religioso del siglo un extender este renacimiento cristiano que vemos en nuestra patria. Cuando la obra del espíritu sea hecha, los libros y las editoriales serán necesidad urgente, alimento imprescindible para el hambre de conocimientos y sed de misterios.

Y aquí caemos en un círculo: no existiendo esta necesidad de lectura, no hay buenas ediciones nuestras, y no las hay, porque no se lee católicamente. Lo único claro, abierto, es que hay un problema grave que resolver.

R. E. S.

Luis de Paola y su "Advenimiento" Estamos en presencia de un poeta desconocido para nosotros. Un poeta argentino al que entramos mediante una limpia y acogedora edición de poesía.

Entrada a la sorpresa. Este "Advenimiento" de Luis de Paola, es el encuentro de un gran poeta, de un escritor joven, vivo en pensamiento y en fe, admirado en el mismo corazón de la sangre, con todos sus huesos intactos pero estremecidos de angustia y alegría. He aquí el poeta que nos ha puesto de pie a todas nuestras obscuras intuiciones, el que ha formado primaveras de luz para la tierra ávida de nuestro conocimiento, el que canta al Señor y a la muerte, a la sangre y la paloma.

Estas notas breves son de simple advertencia, de llamamiento de atención: no alcanzan a pretender honores de crítica por su misma concisión. La obra de Paola merece un estudio más detallado por su clara riqueza e importancia. Como complemento a estas líneas de admiración y para deleite de los lectores, copiamos un fragmento del "Himno al Espíritu Santo":

Yo sé que el flete de la muerte volará sobre las ciudades
y que se acercan los días de las grandes plegarias,
yo sé que a la sombra de las espadas volverán las angustias
y las cruces reverdecerán un milagro de palomas.

Yo sé que los pueblos se levantarán como los días olvidados
surgen de la sombra apagada del tiempo.

Tú, Espíritu Creador, ungido en la absoluta pureza del fuego,
sangre consciente de todos los astros,
nacido como un huracán de las Potencias Divinas,
vida de todas las muertes que ansían la carne de Dios

hermano de las oraciones y antorcha de las profecías
sacude los mares de todas las conciencias
por la sed de la sangre de Cristo que retuerce las almas!

R. E. S.

Arte

Maurice Ravel Con la muerte de Maurice Ravel desaparece el genio musical más importante y típicamente francés de los últimos tiempos.
ha muerto

Heredero genuino del espíritu de Rammeau y Couperin, en la obra de este vasco francés discípulo de Gabriel Fauré y continuador del impresionismo reformista, se reconocen las características propias de los grandes maestros franceses: claridad y precisión melódica, delicadeza y elegancia temática y una extraordinaria preparación técnica. A estas características naturales, Ravel agrega una inspiración finamente burlesca y un concepto del arte musical bien definido: música, nada más que música; nada de amalgamas literario musicales.

En la composición de Ravel se nota la influencia de composición oriental-asiática, especialmente japonesa. Es éste un aporte valioso a la música de occidente, aunque él no fuera el único francés que lo hiciera. De este aporte, tamizado originalmente por la inspiración creadora de Ravel, surgen las dos características esenciales de su obra: esa "atmósfera" de armonía general a base de temas sencillos que se entrecruzan como en un jeroglífico complicado y que se repiten a veces hasta el paroxismo, como en "Daphnis y Cloe" o el "Bolero"; y un formidable sentido del ritmo, un ritmo dinámico, en "crescendo" tonal y en aumento vertiginoso en un espiral sin fin.

Nuestra revista "Estudios" se asocia ahora al dolor de los artistas todos por el desaparecimiento de este gran genio musical, que ha sabido legar a la posteridad creaciones de un mérito tal que ya están intercaladas en forma estable y por méritos propios al acervo común de las obras que traspasan los linderos de una época y de un país. "Daphnis y Cloe", "La Alborada del Gracioso", "Bolero", "La Valse", "Pavane pour une Infante defunte", "Habanera" y demás producciones de Maurice Ravel llevan el sello inconfundible del genio de su autor, el cual con ellas ocupa un puesto preponderante en la insigne página de los artistas de todas las épocas y de todos los países. La música de Ravel es algo más que música Moderna: es música Eterna y Universal.

C. M. M.

Un xilógrafo entre nosotros: Ojos claros de limpia mirada volcándose en las pupilas grandes que salen inquietas como flores al sol. Ojos que se exteriorizan en irradiación convexa y en cóncava captación de la grandeza que va apareciendo después en vida de creación con la fuerza de una vivencia honda.

Víctor Delhez

Símbolo éste de los ojos que se mueven en verde girar en reversión de visión por el rostro encuadrado en barba oscura de primitiva evocación. Evocación que nos retrocede a la época en que los hombres — jóvenes de barba nueva — miraban el giro de las aves o de las nubes sobre las claridades volcadas por la Naturaleza múltiple.

Ha llegado hasta nosotros Víctor Delhez, este xilógrafo que trae en sus maderas todo el caudal de los pasados siglos, adquirido en un estudio de interés permanente con un valor de ansias. Su paso silencioso, calladamente en el ser sin pretensiones, Víctor Delhez ha llegado volcando su labor en sereno afán.

Viene con cuatro años en Bolivia.

Viene con los trabajos realizados entre las montañas; trayendo el valor de las cumbres en su grandeza, en su distancia y en la sutil tonalidad de las luces tamizadas por el aire de las alturas.

Este xilógrafo belga ha vibrado en la tierra americana con la grandeza de los Andes con la captación de la cordillera formidable.

Esa producción abundante de labor en el Altiplano la ha traído en interesante manifestación, cual abundante cosecha, en los grabados numerosos con que nos ha brindado su reciente exposición.

La obra.—En sencilla y sobria presentación vimos un aporte numeroso de alta calidad en permanente interés. Labor realizada en la altura, tomada con mucho amor.

Revelación de una técnica y más que esto, expresión fuerte de numerosas ideas con margen para bandadas de sugerencias. Composiciones llevadas en más que correctas formas. Vuelo de imaginación por los senderos de lo espiritual con fuerza en el significado perenne de los hechos ahí trazados.

La larga serie de grabados, enfilados en unidad de sentir y de manifestación, tomaban el tema de más difícil ex-

presión para el acierto satisfactorio. Y en ellos Víctor Delhez ha logrado bien óptimamente el fin de su creación de largo interés.

Tema de la exposición: Motivos evangélicos. Ya al escoger un tema de tan sublime vuelo, de proyecciones tan hondas e inagotables, manifiesta un espíritu poco común en esta época de desorientación en que las miradas se revuelven en caducos sistemas, de esferas limitadas o de visuales cortas. Y aún más, Delhez al realizar estos temas ya de por sí atrayentes y poéticos, ha penetrado en una raíz más significativa, en un valor más perenne. Cristo hablando con la Humanidad entera, presente a todos los siglos.

Preocupación última de las generaciones todas que tienen — consciente o inconscientemente — la necesidad de lo Absoluto y la vibración satisfactoria para llenar y rebalsar el surco hondo de ansias mejores que los hombres llevan labrados en el centro de sus corazones.

He ahí el regocijo interno, la satisfacción recta con que se llena el ánimo al ver el contacto vivo: Cristo y los hombres. La armonía que avanza hacia la unión de lo perfecto caminando por un río de ansias.

Por los “motivos evangélicos” van apareciendo personajes contemporáneos, enmarcados por fábricas y aviones, oficinas y trenes, que nos hablan más claramente en el valor permanente del pasaje. El Evangelio se queda así palpitando para los hombres de hoy, con mucha intensidad como lo fué para los fariseos y publicanos.

Con todo ello Delhez nos descubre una inquietud de algo mejor que siente bullir dentro de sí, que quiere cambiar en revolución de ansias sueltas.

Como símbolo de esta inquietud no satisfecha, de este llamado, están esos fondos de montañas que trepan y se superponen en tonalidades de ascensión confusa hacia lo sublime.

Posición laudable, punto de vista que llama a un vuelco de entusiasmo, a un comprensivo abrazo.

Envío.—En la oscuridad de la noche “haciendo centinela” unos pastores vieron “junto a ellos un ángel... y cercóles con su resplandor una luz divina”; y en la lejanía opaca del Oriente tres reyes siguieron “a la estrella que iba delante de ellos hasta que, llegando sobre el sitio en que estaba el Niño se paró. A la vista de la estrella se regocijaron por extremo”.

Ese regocijo es el que deseamos para este xilógrafo. Regocijo que hace brotar sucesivos himnos vibrantes bajo el resplandor de la unión divina. Inquietud de renovación en ansia viva con afluencia del gozo perenne desde las pági-

nas de relato eficaz. Asimilación del Evangelio en rebalse jubiloso como fuerza de vida, de palabra de Dios, como único y sobrehumano recurso de felicidad. Don de paz en la espiral trabajada y burbujeante de la perfección. Marcha más allá de los límites extrahumanos conquistando la satisfacción verdaderamente verdadera. Incorporación a la Divinidad en la esfera de lo sobrenatural.

El artista grabará con su mano aún más cerca lo sublime.

Es la vivencia que enviamos a este xilógrafo entre nosotros.

C. S. M.

Vida Internacional

Un traspie diplomático: El servicio de informaciones que el el discurso del Ministro Gobierno italiano debe tener acreditado en Francia nos ha permitido **Campinchi** conocer uno de aquéllos traspie, que se permiten los hombres políticos cuando tratan los asuntos diplomáticos.

En uno de los últimos números del "Giornale d'Italia" correspondiente al año que recién termina, el periodista italiano de más fuste y con más sentido del nacionalismo, Virgilio Gayda, publicó el texto preciso y exacto, según él, de un discurso pronunciado pocos días antes, en un barco mercante anclado en Tolón, por el Ministro de Marina de Francia, señor Campinchi, radical socialista en cuanto a tendencias políticas, abogado criminalista de fama en cuanto a profesión y córcego en cuanto a nacimiento. Según Gayda, el Ministro francés, tal vez en un arranque de justo patriotismo había declarado lo siguiente a la tripulación del "General Bonaparte":

"Es preciso que la Córcega deje de estar a merced de una agresión italiana. Jamás permitiremos nosotros que la Córcega, tierra eminentemente francesa, sirva a los italianos de campo de maniobras o de campo de batalla. Es menester que Italia termine con su comedia de una Córcega irredenta, de una Córcega italiana que espera su liberación. Yo no quiero, mis queridos amigos, inferir injuria a vuestro patriotismo ya que vosotros sabéis tan bien como yo el desprecio en que tenemos todo lo que es italiano. Y si mañana tuviesen nuestros vecinos el capricho de tentar un desembarco en Córcega, estoy seguro que todos los habitantes de

nuestra isla, sin excepción, se levantarían como un solo hombre contra el invasor”.

“Pero, agregó el Ministro francés, ¿para qué ocultarlo? La guerra contra Italia no es sólo fatal sino necesaria. Y tiene que ser una victoria para nosotros. Tengo el deber de decíroslo: mi amigo Pierre Cot (el Ministro del Aire) ha creado en Bastía un comando regional aéreo y dentro de pocas semanas la Córcega estará dotada de tres bases aéreas y de numerosos aeroplanos. ¡Sí! estamos decididos a defender la Córcega contra cualquiera agresión italiana y a defenderla con todos los medios de que disponemos... De la Córcega partirá la ofensiva que pondrá de rodillas al fascismo. No puedo revelaros aquí los secretos del Gran Estado Mayor, pero puedo avanzaros, puedo afirmaros, que terminaremos con el fascismo”.

Fácil es imaginarse los comentarios que Gayda haría de tal discurso y la impresión que sus términos producirían en toda Italia. La indignación no conoció límites y sólo pudo compararse a la estupefacción de la opinión pública europea.

Al día siguiente, el Ministro Campinchi, en un comunicado oficial extremadamente lacónico, aseguraba que sólo había pronunciado un solo discurso en Tolón y que en él no existía alusión alguna a cuestiones de política internacional. “El discurso del 23, que se supone dedicado a los marineros del “General Bonaparte” es una pura invención de punta a cabo”, terminaba el comunicado.

Pero a Virgilio Gayda no se le desmentía tan simplemente. Toda su carrera periodística hubiera estado en juego si sus informaciones fuesen inexactas. Publicó inmediatamente una carta del Presidente de la Compañía de Vapores a que pertenecía el “General Bonaparte” y en la cual se censuraba amargamente el discurso de Campinchi y dió a conocer también numerosos recortes de la prensa de Marsella que mencionaban esas declaraciones.

Quedaba, pues, bien en claro la exactitud de las informaciones de Gayda y lo que peor era, la falsedad del desmentido del Ministro francés.

Desgraciadamente para el periodista defensor del Fascio pocos días más tarde algunas nuevas informaciones suyas fueron de menos comprobada exactitud. Publicó la prensa italiana algunos párrafos de un discurso del Presidente de la Cámara de Diputados de Francia, Eduardo Herriot, pronunciado en una reunión política del partido Radical-Socialista. Defendiendo a su correligionario, el fogueado político francés habría declarado que las palabras de Campinchi en el “General Bonaparte” no habían sido dichas en un discurso, sino pronunciada en una conversación general con

los marinos. “Pero, habría agregado Herriot, por muy alteradas que hayan sido las afirmaciones de Campinchi, es preciso reconocer que dada la actual tensión diplomática con Roma, el incidente bien poco puede empeorar las relaciones franco-italianas, muy próximas ya a una ruptura. Es necesario, por lo tanto, que todos aquellos que en Francia están de acuerdo con la ideología democrática y colocan el ideal de la libertad por encima de todo, se persuadan que entre la Francia Republicana y la Italia Fascista hay un abismo insondable. No considero la guerra como inevitable, pero reconozco que el ambiente le es favorable”.

La borrasca producida en Italia por el discurso de Campinchi se tornó en tempestad al conocerse las declaraciones de Herriot y los fascistas exigieron perentoriamente explicaciones a tan insolentes palabras.

Pero, esta vez, parece que las informaciones de Gayda eran inexactas. En todo caso Herriot las desmintió de manera terminante y absoluta. La tensión disminuyó poco a poco y la opinión de ambos países entró a preocuparse de la guerra española, del conflicto chino-japonés o de las elecciones rumanas. Son tantas las causas de discordia existentes en el mundo que ninguna de ellas perdura y sus consecuencias son, felizmente, pasajeras.

Un artículo “realista” de Mussolini Como para no abandonar al Ministro de Marina francés el privilegio de hablar con franqueza y claridad, y como si quisiera hacer una nueva demostración de su espíritu “realista”, que no se inclina delante de los principios, el Jefe del Gobierno italiano publicó en el “Popolo d’Italia” un artículo en que comentaba con frases poco diplomáticas el resultado de la Conferencia convocada en Bruselas para estudiar el conflicto entre China y Japón, reunión que, preciso es no olvidarlo, fracasó especialísimamente debido al sistema de “torpedos” empleado por el propio delegado italiano Conde Aldrobrandini.

Esta publicación del “Duce” ha tenido, naturalmente, gran resonancia en toda la prensa europea y norte-americana, tanto por la importancia de sus declaraciones cuanto por el tono empleado por un Jefe de Gobierno.

“La acción colectiva, comienza el artículo, — lugar común número uno — preludio según algunos necesario para la seguridad colectiva — segundo piramidal lugar común — ha registrado en Bruselas uno de aquellos fracasos totales que toman las proporciones de un “fiasco”. Seríamos hipócritas si no dijésemos que el acontecimiento ha provocado

entre nosotros, que jamás hemos creído en los engaños lingüistas, una gran satisfacción”.

Y después de recordar los orígenes de la Conferencia de Bruselas, a raíz del fracaso de la Sociedad de las Naciones en esta materia, el Duce continúa:

“Mientras el Japón seguía intensificando su acción militar, el Gobierno belga, siempre a las órdenes de las “grandes democracias”, se hacía sugerir por Londres y por Washington (no se sabe quien haya movido la primera pieza del tablero) la iniciativa de invitar a todos los Estados signatarios del ya pulverizado Tratado de Washington a una Conferencia que se celebraría en Bruselas. La intervención de América había despertado grandes esperanzas. Las tres democracias del Occidente se congregaban. Norman Davis, el prudente Norman Davis, que ha escapado con la velocidad del maratonista cuando temió por un instante que lo invitasen a Londres. Norman Davis era ciertamente el hombre que debía desenredar la madeja. Pero la primera intervención de América en una Conferencia europea de acción colectiva, intervención sobre la cual el discurso de Chicago había encendido la llama de tantas esperanzas, tuvo un epílogo de lo más infeliz. Norman Davis estará a esta hora convencido de que no había para qué convocar conferencias cuya inutilidad parecía elara para un niño”.

Y, finalmente, el Duce estampaba las siguientes afirmaciones acerca del papel que corresponde desarrollar al Japón en Extremo Oriente:

“Basta el más simple conocimiento de la historia, de la geografía y de las relaciones de las fuerzas en juego, para convencerse que no se puede nada contra el Japón. No hablemos de los pequeños países representados en el Comité de los Nueve... Pero, ¿qué pueden hacer contra el Japón los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, ya sea separados o unidos? El Japón es invulnerable. Las medidas de orden económico también se vuelven contra aquéllos que las aplican: una solidaridad activa de esos países con la China, se resolverá en una ventaja para el Japón el que, una vez victorioso, hará botín de todo lo que se haya enviado a los chinos. No se puede ni pensar en acciones de guerras navales o aéreas; el Japón puede golpear pero no ser golpeado. Queda la amenaza aéreo-terrestre de Rusia; pero los Soviets no pueden jugar la carta de la guerra sin correr un grave riesgo para su situación interna”.

“La colección ya bastante numerosa de los fracasos ginebrinos se enriquece con otro, muy vistoso, y no será el último. Es imposible violentar el curso de la Historia. Es

simplemente absurdo tratar de comprimir los impulsos irresistibles en la vida de los pueblos”.

“Por más que se desagraden las solteronas humanitarias, es ya del dominio público que el cañón que suena en el Extremo Oriente se hará sentir con más fuerza que todos los informes presentes y futuros de Ginebra o de otra ciudad”.

No hay más en el artículo de Benito Mussolini. Y no es poco. A esto lo llaman tener “sentido realista de la diplomacia”. ¿Se tendrá, nos preguntamos, un sentido igualmente realista el día que hayan terminado su rearme los países que se mostraron tan cautelosos en Bruselas?

E. B. C.

CUATRO CONSEJOS A LOS SUSCRIPTORES

1.º.—Cuando cambie de domicilio, avise oportunamente a CASILLA 13370, SANTIAGO.

2.º.—Si no recibe en el curso del mes el ejemplar de “ESTUDIOS”, reclámelo por escrito a la misma dirección o hágalo personalmente en la oficina de la Administración:

HUERFANOS 972.—OFICINA 501.—SANTIAGO.

De 16.30 a 19 horas.

3.º.—Si recibe aviso de haber vencido su suscripción, renuévela cuanto antes en alguna de las direcciones indicadas, a fin de no interrumpir el envío de la revista.

4.º.—Al cancelar su suscripción en la Oficina de Administración o en las Librerías “Cultura Católica” y “Zambrano”, exhiba el recibo anterior.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LIBROS :

“LES ADORATEURS DE SATAN”, por Myriam Harry.—París, Flammarion—1937.—211 páginas.

Narra la autora su viaje al país de los “Yézidis”, habitantes de la montaña de Sindjar, en el Irak, famosos descendientes de los “assasinos” que tanto trabajo dieron a los Cruzados, siendo por último vencidos por el emperador mongol Holagou. Según se sostiene, los Yézidis son desde antiguo adoradores del demonio, describiendo la señora Harry diversas ceremonias y ritos de su culto, como asimismo leyendas y enseñanzas que ella dice obtenidas de uno de los sacerdotes. A pesar de lo novedoso del tema, carece la obra de mayor interés; las observaciones que ella contiene son en general pobres, propias más bien de un turista que de un investigador de tradiciones y costumbres, demostrando la autora muy pocos conocimientos en materias fundamentales que dicen relación con la verdad cristiana. Digna de atención, es sin embargo, la exposición que en síntesis hace un sacerdote del demonio sobre la doctrina central de su culto: “creemos en Dios — dice — pero de una manera diferente de las otras religiones; sabemos que Dios, en su perfección, está demasiado alto por sobre nosotros para que podamos alcanzarlo. El no se interesa por nosotros, y vive completamente desligado de su creación. Por tanto, inútil resulta pretender adorarlo. Fuerza pasiva, él ha delegado su poder en “Malek-Taous”, quien constituye el poder activo y también el sentido crítico de Dios. Los cristianos y los musulmanes se equivocan al creerlo e espíritu del mal. Es el ángel caído echado del Paraíso por una bagatela. Durante siete mil años, privado de sus alas y desterrado en una isla desierta, lloró tanto que sus lágrimas llenaron siete altos jarros, con lo cual Dios tuvo piedad de él, lo llamó nuevamente al Paraíso y lo quiso más que a todos los ángeles. Pero, antes de subir al cielo, él se fué al infierno con el objeto de apagar, con los siete jarros de lágrimas, el fuego que en él ardía. Es por lo tanto un ángel bueno, un ángel redentor, pues ha abolido el infierno. Nosotros, los Yézidis, no creemos en las llamas eternas: sabemos, por el contrario, que todos nos iremos al cielo gracias a “Malek-Taous”. El mismo es el fundamento de la Gnosis, y de todos los cultos diabólicos: el ángel de las tinieblas sustituyendo al Divino Redentor en su misión de salvación.

J. Ph.

"GARIBALDI", por Paul Frischauer.—Ediciones "Ultra". — Empresa "Letras".—Santiago de Chile, 1937.

Aun cuando no compartimos con el autor algunas apreciaciones que se refieren a la política y a la ideología social del caudillo de la unificación italiana, debemos reconocer que la biografía realizada por Frischauer es una de las mejores obras que hemos leído en los últimos años en este género. El personaje es estudiado con ciencia y con sentimiento y se mueve en el marco histórico con las dimensiones humanas, de que tan escasas se muestran siempre los héroes de esta clase de estudios.

La edición de la obra es correcta y la traducción es superior a los títulos anteriores de la misma Empresa.

R. B.

"AMERICA HISPANA", por Waldo Frank.—Ediciones "Ercilla".—Santiago de Chile, 1937.

Nadie discute la recia personalidad y el enjundioso estilo de el notable escritor del hemisferio norte. Al través de las páginas del libro ahora lanzado por las prensas de "Ercilla" se advierte el empeño del autor de inquirir en el alma de la América española, de sorprender en la misma el secreto de su hermética y misteriosa raza aborígen y de alcanzar, a la vez, el latido atávico de la sangre hispana, generosamente desbordada en el luengo continente. En esas semblanzas del primer capítulo, sobre todo, se admira la reciedumbre del autor al trazar la figura del indio peruano, del conquistador y del mestizo.

La potencia e interés de la obra no es, sin embargo, uniforme. El capítulo tercero, por ejemplo, se reciente de superficialidad tocante a los rasgos más notorios de la idiosincrasia chilena, y deja, a la vez, traslucir una escasa simpatía por el país "asaltante" de Bolivia y Perú. Se advierte, además, al través de todo el libro, una confusión lamentable entre el elemento divino y humano del Cristianismo, sobre el cual discurre, por desgracia, en ocasiones, revestido de las apariencias de filósofo pero en realidad con la dialéctica de un primario.

La obra va en el fondo a servir la causa marxista de los "indio-americanos" dignamente representados por el Aprismo, sobre cuyo país de origen Frank no oculta sus simpatías y al cual dedica, sin duda, la parte más apreciable de su ensayo.

J.

"MARCONI. EL HOMBRE Y SU INVENCION", por Orrien E. Dunlap.—Empresa "Zig-Zag", Santiago de Chile, 1937.

No se trata de una biografía novelada, ni de un boceto psicológico, sino de una exposición cronológica y veraz — el propio Marconi proporcionó los datos — de la vida del ilustre inventor de la telegrafía sin hilos, que acaba de fallecer.

Las hondas hertzianas le atraen desde la niñez y merced a una tesonera investigación hace emerger de allí el inalámbrico. Ofrece el invento a su patria, pero, cual segundo Colón, no encuentra eco en ella y ha de buscar en Inglaterra el apoyo y la acogida necesarios. Italia reconoce más tarde su error y le llama, propor-

cionándole toda suerte de facilidades y halagos. Viajes por el mundo, en su yate "Elettra", le hacen perfeccionar el portentoso hallazgo y crecer en la admiración de los sabios y hombres de ciencias. Mussolini le llama "mago del espacio y amo del éter" y atiende con entusiasmo al desenvolvimiento de la obra. El Papa le distingue con fraternal afecto y le encomienda la instalación de un poderoso transmisor en la ciudad del Vaticano. Prendido en las hondas vuela el prestigio y la gloria de Marconi a las antípodas...

J.

"RECADOS DE FABULA".—Buenos Aires, 1937.

Dos elegantes libros de poesía bajo el signo de Fábula, revista de Marcos Fingerit, en la Argentina, tenemos en nuestra mesa. Una de ellas, cantata de Esther de Cáceres, titulada "Cruz y éxtasis de la Pasión", de fuerte raigambre católica, de verso limpio, sencillo y luminoso, nos es índice de la vitalidad poético-religiosa del país argentino.

El segundo que firma R. Olivares Figueroa, lleva el encanto de las narraciones infantiles hechas en romance tradicional español con unos "Bien oiréis lo que decía..." de sabor castizo e ingenuo. Sus romances de la Caperucita, Blanca Nieve y Pulgarcito. Son obras de realización perfecta, dignas de ser leídas a los niños — terribles críticos que se duermen si no gustan del cuento — y a los más exigentes gustadores de poesía. Quizá se oiga como un aire de garcíaaloquismo en las entrañas de esta "Espiga pueril", sin que él, si existe, comprometa la independencia estética del autor.

Ediciones cortas y hermosas, que Fábula, y su Director Fingerit, deben continuar, como aquellas comenzadas de poetas clásicos españoles casi olvidados. Nuestras felicitaciones al colega argentino.

R. E. S.

"DIRECTIVAS SOCIALES", por J. Alfredo Villegas Oromi. — Editorial "Tor".—Buenos Aires, 1937.—Prólogo del Pbro. Rodolfo Carboni.

Constituyen las Encíclicas de los últimos Pontífices una exposición admirable de los principios fundamentales de la doctrina social católica, no sólo en sus diferentes aspectos teóricos, sino también en sus modalidades de aplicación práctica a las necesidades de nuestros tiempos. Son un estudio completo, a la luz del derecho natural y de la revelación, de los diferentes problemas temporales que afectan hoy día tan gravemente el orden social, económico y político de las naciones. Estudio ordenado, no al conocimiento por el simple conocimiento, sino al análisis del mal con el objeto de encontrar la solución, y, una vez conocida ésta, aplicarla sin dilaciones ni titubeos. Las Encíclicas Sociales son tratados, admirables por su sabiduría, pero también son órdenes de acción impartidas por el Vicario de Cristo a los que formamos parte de su rebaño.

Para muchos, el conocimiento de ellas parece difícil, no sólo porque son numerosos los documentos que es necesario conocer, sino también debido a que su lectura y estudio requieren sier-

ta preparación y esfuerzo. En realidad, promulgadas las diferentes Encíclicas en relación a puntos y problemas especiales, no es fácil formarse, con la simple lectura de las mismas, un cuadro completo y sintético de las diferentes directivas parciales tendientes todas a un mismo fin, la instauración de un orden nuevo, materia especial y propia de "Quadragesimo anno".

Realidades Sociales

YO FUI OBRERO EN LA URSS., por ANDREWS SMITH.
—Después de trabajar diez años en Rusia, un norteamericano nos explica sus métodos de trabajo \$ 10.—

ATLAS DE POLITICA MUNDIAL, por J. F. HORRABIN.
—Todos los problemas internacionales, expuestos en forma razonada, al mismo tiempo que gráfica \$ 15.—

EL SENTIDO DE LA CONSTITUCION, por HENRY A. WALLACE. — El brillante político norteamericano, analiza y critica las ideas y realizaciones de Roosevelt \$ 22.—

MUSSOLINI Y SU PUEBLO, por RENE BENJAMIN. — Impresiones directas de Mussolini, de los cambios que ha operado en el pueblo, y de la actitud de éste a su respecto \$ 12.—

LA REVOLUCION TRAICIONADA, por LEON TROTSKY. —El ex compañero de Lenin, combate acerbamente la política que ha seguido Stalin en el Gobierno de Rusia \$ 10.—

SI EL CAPITALISMO DESAPARECIERA, por LUCIEN ROMIER. — Análisis de la realidad actual en relación con el capitalismo, y de las posibilidades de suprimir este último \$ 8.—

De venta en librerías y kioscos.—Otorgamos créditos. — Enviamos pedidos contra reembolso.—Visite nuestra librería, Agustinas 1639, y encontrará las últimas novedades en francés, inglés, castellano y alemán.

EDITORIAL ERCILLA S. A.

AGUSTINAS 1639. — SANTIAGO — CASILLA 2787.

Esta labor de exposición parcial y al mismo tiempo de conjunto, de análisis por separado y en su armonía total de los diferentes elementos que deberán ser reconstruidos dentro de la renovación completa del orden temporal, constituye la materia de la obra del señor Villegas. La ha desarrollado su autor con gran claridad y método. Después de estudiar la posición del hombre frente al universo, los cimientos de la sociedad, la constitución cristiana de la misma, las obligaciones de los cristianos y los principios fundamentales que han de informar un orden social verdadero, entra a analizar, siguiendo "Rerum Novarum" y "Quadragesimo anno", la restauración de dicho orden dentro de nuestro mundo actual.

"Directivas Sociales" será sin duda alguna una obra utilísima en la difusión de las doctrinas sociales de la Iglesia. Su lectura ha de contribuir a despertar esa inquietud necesaria a todo movimiento de renovación, inquietud que a más de alguno llevará a un examen de conciencia, y de ahí a la voluntad decidida de colaborar activamente en la construcción de un orden fundado en caridad y justicia.

El estudio del señor Villegas está relacionado en su exposición con la realidad argentina. Quizás por ser su autor jefe de un movimiento de renovación, de índole nacionalista, para muchos no serán aceptables algunas de sus apreciaciones sobre aspectos del Problema Político. Por nuestra parte, no estamos de acuerdo con el carácter esencialmente cristiano y aun "casi santo" que el autor dá a ciertos movimientos temporales de hoy día. "Usaré de misericordia para con la casa de Judá, y la salvaré por medio de Jehová su Dios: mas no la salvaré con espada, ni con arco, ni con batalla, ni con caballos, ni con caballerías". (Oseas -I-7).

Julio Philippi

"PERSONALITE MORALE ET PERSONNALITE JURIDIQUE",
por René Clemens.—Edit. Sirey, París, 1935.—Prefacio de
Louis Le Fur.

Pocas materias habrán sido más estudiadas y debatidas en el campo del derecho que el concepto de persona moral y persona jurídica. Es este sin duda alguna uno de los puntos en que los problemas del derecho positivo se identifican casi con problemas de orden metafísico, y de ahí la diversidad de escuelas y soluciones, opuestas unas a las otras, que se han generado alrededor de este antiguo y siempre nuevo problema.

Hoy día, dentro de la evolución tanto del derecho como de la economía hacia una organización corporativa, ha vuelto a colocarse sobre el tapete la cuestión, y son varias, en estos últimos años, las obras de importancia publicadas en esta materia por juristas y profesores católicos, como G. Renard y el Padre Dejos, principalmente sobre la teoría de la institución, solución moderna de la cuestión de la persona moral, conforme a los principios de la escolástica, y que va cobrando día a día mayor cuerpo e importancia.

La obra de Clemens es un estudio completo del problema, en su aspecto histórico, filosófico y moderno. Util e interesante, no sólo para los que se ocupen de estudios de derecho, sino también para todos aquellos que se interesen por conocer la moderna evolución de la economía y de las formas políticas.

Julio Philippi

"EL FIN DE LOS SOVIETS", por Henri Guilbeaux.—Ediciones "Zig-Zag".—Santiago de Chile, 1937.

Henry Guilbeaux, antiguo militante comunista que concurrió al Congreso de la Tercera Internacional y puso su firma al pie de su manifiesto, denuncia en este libro al público francés la impostura del régimen Soviético. La oprobiosa tiranía de Stalin y su pandilla, la ciega actitud de algunos intelectuales como Romain Rolland, la campaña de desprestigio sostenida por los comunistas en contra de André Gide desde la publicación de sus impresiones de viaje sobre Rusia, el mito, en fin, de la democracia staliniana, son abordados por el autor con la pasión propia del que ha vivido engañado y quiere librar a otros de caer víctimas de idéntica mixtificación.

J.

"KRUPP. LOS REYES ALEMANES DE LOS CAÑONES", por Bernhard Menne.—Ediciones "Ercilla", Santiago de Chile, 1937.

He aquí la historia de una poderosa dinastía de industriales y capitalistas de notoria influencia en los acontecimientos de la política internacional.

Desde Arndt Krupé, el lejano iniciador de la genealogía familiar, cuyo nombre aparece en 1600 unido a la profesión de mercader en vinos de la ciudad de Essen, hasta Federico Krupp, que nace en 1787, el linaje esta orientado por la vía del comercio. Este último inicia el período industria' de la casta, que encuentra su punto de partida en la adquisición en subasta pública de un horno de fundición establecido por un tal Pfandhofer contra el cual los Krupp tienen fuertes créditos. El impulso que toma la pequeña fábrica es sorprendente. De cuarenta operarios con que cuenta ya en 1826, sube en 1840 a noventa y nueve, en 1855 a 704 y en 1873 a diez y seis mil hombres. El genio ambicioso de Alfredo Krupp desenvuelve en forma portentosa la empresa y le dá un giro e importancia internacionales. Los procedimientos empleados por la Casa para labrar su formidable ascensión económica están, por otra parte, muy lejos de poder encuadrarse en un marco de moralidad y de patriotismo. Durante la guerra de 1866 entre Prusia y Austria, Krupp, aunque prusiano, no titubea en facilitar armamentos a los austriacos, como tampoco en plena conflagración mundial no faltan wagoes cargados de productos bélicos de la firma dirigidos por Holanda y Suiza a las potencias aliadas. Su interés estuvo siempre en avivar la lucha por ambos lados, para de esta manera sostener el amplio mercado que iba a proporcionarle ganancias fabulosas.

J.

"VIDA E HISTORIA", por Gregorio Marañón.—Empresa "Letras", Santiago de Chile, 1937.

Un conjunto de ensayos heterogéneos unidos por la soltura del estilo y la amenidad del lenguaje. Dos de ellos abarcan temas históricos: "Los amigos del Padre Feijoo", en que el autor se detiene ante la interesante figura del Doctor Gaspar Casal, destacado médico en la iniciación del siglo XVIII; y "La vida en las galeas en tiempo de Felipe II", horripilante relato de los sufrimientos y privaciones que en aquellos años experimentaban los penados. Los otros dos ensayos, se encaminan hacia la psicología del sexo,

tema favorito de Marañón. En uno de ellos, titulado "Soledad y Libertad", apunta la herencia positivista que con gravedad digna de mejor causa nos afirmaba la existencia de la promiscuidad sexual en los primitivos tiempos. Los estudios de la escuela de la cultura histórica de Viena han echado por tierra las antojadizas afirmaciones de los sociólogos del Diecinueve. Pero Marañón parece ignorarlo...

J.

REVISTAS:

"RIVISTA INTERNAZIONALE DI SCIENZE SOCIALI".—Milán.—Bimestral.

Número de Septiembre: "La experiencia de la codificación tributaria en Alemania", por Ezio Vanoni, Profesor de derecho financiero de la Universidad de Padua.

Número de Noviembre: "La psicotécnica en la concepción corporativa de la sociedad", por Agostino Gemelli, Rector de la Universidad Católica de Milán; "Orientación social del nuevo Estado nacional español", por Miguel Sáncho Izquierdo, Profesor de la Universidad de Zaragoza; "Noticia sobre la economía revolucionaria en Cataluña", por Giuseppe Arnoldo.

"UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA". — Medellín (Colombia).—Bimestral.

Número de Septiembre-Octubre: "Las pasiones y Descartes", por Manuel José Sierra; "La crisis de la política contemporánea", por Gonzalo Restrepo Jaramillo; "Descartes", por Cayetano Betancur.

"REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU". — Lima.—Mensual.

Número de Agosto: "Civilización tradicional peruana", por José de la Riva Agüero; "Apuntes sobre judíos, jesuitas y paulistas", por C. A. Mackehanie.

"NOSOTROS".—Buenos Aires.—Mensual.

Número de Noviembre: "El drama rural argentino", por Roberto F. Guisti: "Cuando en medio de la turbamulta de los burdos sainetes y las comedistas reideras, surge una concepción elaborada literariamente, a la vez de envergadura dramática y alta intención moral, hay que pensarlos dos veces antes de hacerla a un lado desdeñosamente. Porque ¿y después qué queda? Siquiera aquélla es una lucecita que se enciende para señalar confusamente un rumbo, uno de tantos posibles, no digo más, a un teatro que se ha detenido falto de energías y desconfianza en sí mismo, o se debate en el fangal.

Número de Diciembre: "Panorama de la novela chilena", por Oscar Cerruto: "Tres novelistas actuales son como los representantes de las tres tendencias dominantes de la novela en Chile. Mariano Latorre, con el criollismo; Augusto D'Almar, con la novela de imaginación pura, y, en cierto modo, Joaquín Edwards Bello con la literatura de acento social... La literatura criollista chilena es una literatura sin problemas. Sus hombres son figuras de cera; imitan admirablemente el aspecto y los movimientos del hombre, pero están vacíos; carecen de alma, carecen del lodo y de las marcas del lodo; son ángeles vestidos de paisano... La literatura de imaginación pura desenraizada, sin asidero, sin sabia, flor de conservatorio ¿no estará destinada cada vez más, a parecer entre sus límites, a morir dentro de su propia atmósfera de campana neumática?...".

"CRITERIO".—Buenos Aires.—Semanal.

Número de 2 de Diciembre: "El concepto escolástico de la historia", por Octavio Nicolás Derísi.

Número de 9 de Diciembre: "Las edades del hombre: la madurez", por Tristán de Athayde.

Número de 16 de Diciembre: "En torno al corporativismo", por Miguel M. Guglielmino.

Número de 23 de Diciembre: "El hombre ante el pesebre", por Gustavo J. Franceschi.

Número de 30 de Diciembre: "Año nuevo, vida nueva", por Gustavo J. Franceschi.

"HEROICA".—Buenos Aires.—Mensual.

Número de Diciembre: "El Sumo Poeta", por J. Humberto les Gallone; "La epopeya del Alcázar", por Lamberto Lattanzi.

"ABSIDE".—Ciudad de México.—Mensual.

Número de Diciembre: "Los gestos de Jesucristo", por Hércu-Quintero: comentario de la poesía que entrañan los Evangelios; "Poemas", de Joaquín Palacios; "El Maestro Macedo", por Eduardo Omedo: semblanza de un catedrático de Historia del Derecho.

"LA VIE INTELLECTUELLE".—París.—Quincenal.

Número de 10 de Noviembre: "De la opinión a la fe", por Gabriel Marcel. A juicio del autor es preciso no confundir creencia y opinión, pues ello importa debilitar el valor de la fe y dar, en cambio a la opinión, una importancia que ella no pretende. La actitud es, en realidad, bien diferente en uno y otro caso, pues mientras por la opinión el alma se refleja sobre sí misma, mediante la fe se abre al infinito, y por él al amor de la criatura.

Número de 25 de Noviembre: "Un debate sobre la personalidad moral de las sociedades, por J. T. Delos. Comentarios acerca del debate habido en la Semana Social de Clérmont-Ferrand.

"ETUDES".—París.—Quincenal.

Número de 20 de Noviembre: "El problema del ateísmo visto por Dostoiewsky, por Stanislas de Lestapis.

Número de 5 de Diciembre: "Cómo han sabido morir los sacerdotes. Una página del Martirologio de la Iglesia española", por Camille Chantre.

.....

I M P O R T A A L O S

ABOGADOS

INDUSTRIALES

EMPLEADOS

OBREROS

C O N O C E R L A

Jurisprudencia de los Tribunales del Trabajo

QUE SE PUBLICA TODOS LOS MESES EN LA REVISTA

" ACCION SOCIAL "

PRECIO DEL NUMERO: \$ 2.—

.....

Consejos para economizar Gas en las Cocinas

- 1.º.—Cuando el agua principie a hervir, disminuya inmediatamente la llama. Hirviendo a borbotones, se gasta nueve veces más gas que con un hervor suave y no se adelanta nada, antes al contrario, los guisos se arrebatan y pierden su sabor.
- 2.º.—Las ollas deben estar siempre tapadas; si se tienen destapadas, se gasta cinco veces más gas.
- 3.º.—No caliente una gran tetera de agua, cuando sólo necesita una o dos tazas.
- 4.º.—No coloque una olla chica en un quemador grande, porque pierde inútilmente calor.
- 5.º.—El quemador del horno gasta más que los otros quemadores; aproveche cada vez que lo encienda para poner en él varias cosas.

CUMPLIENDO ESTOS CONSEJOS NINGUNA COCINA CON OTRA CLASE DE COMBUSTIBLE PODRA SERLE MAS ECONOMICA QUE LA COCINA A GAS.

**CIA. DE CONSUMIDORES DE GAS
DE SANTIAGO**

“NOTAS EDITORIALES”:

“Protección a la infancia”	2
“LA FE Y LA CLASIFICACION DE LOS CONOCIMIENTOS EN CIENTIFICOS Y FILOSOFICOS”, por Oscar Larson	5
“LA RUEDA DE LA FERIA”, por José María Souviron	16
“EL APORTE VASCO A LA NACIONALIDAD CHILENA”, por Jaime Eyzaguirre	20
“LEON HARMEL, APOSTOL SOCIAL”, por Arturo del Valle	32

“EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO”:

“Epílogo de la polémica sobre la guerra santa”	41
--	----

“HECHOS DEL EXTRANJERO”:

“El Congreso de la Juventud obrera católica de Francia”	48
“Nuevos testimonios sobre la Rusia Soviética”	54

“IDEAS Y HECHOS”:

Letras: “Ediciones católicas”, P. 57.—“Luis de Paola y su “Advenimiento”, P. 58.

Arte: “Mauricio Ravel ha muerto”, P. 59.—“Un xilógrafo entre nosotros: Víctor Delhez”, P. 60.

Vida Internacional: “Un traspie diplomático: el discurso del Ministro Campinchi”, P. 62.—“Un artículo “realista” de Mussolini”, P. 64.

“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”:

LIBROS: “Les adoreurs de Satan”, por Myriamm Harry, P. 67.—“Garibaldi”, por Paul Frischauer, P. 68.—“América Hispana”, por Wardo Frank, P. 68.—“Marconi”, el hombre y su invención”, por Orrien E. Dunlap, P. 68.—“Recados de fábula”, P. 69.—“Directivas Sociales”, por Alfredo Villegas, P. 69.—“Personalité morale et personnalité juridique”, por René Clemens, P. 71.—“El fin de los Soviets”, por Henry Guilleaux, P. 72.—“Krupp. Los reyes alemanes de los cañones”, por Bernhard Mene, P. 72.—“Vida e historia”, por Gregorio Marañón, P. 72.

REVISTAS: “Rivista Internazionale di Scienze Sociali”, P. 73.—“Universidad Católica Bolivariana”, P. 73.—“Revista de la Universidad Católica del Perú”, P. 73.—“Nosotros”, P. 73.—“Criterio”, P. 74.—“Heróica”, P. 74.—“Abside”, P. 74.—“La Vie Intellectuelle”, P. 74.—“Etudes”, P. 74.

LEY 4054

A LOS PATRONES Y ASEGURADOS DEL PAÍS:

Desde Enero, la Caja de Seguro Obligatorio ha puesto en vigencia las siguientes medidas:

A. Como primera etapa de la **descentralización**, en que se encuentra empeñada la Superioridad, se han constituido en todas las provincias, **los Consejos de Cooperación de la Ley 4054**, con representación tripartita, Patronal, Obrera y del Estado, que tendrán intervención en la construcción y administración de poblaciones, en el régimen de inversiones locales y en el control de los servicios. Además, como consecuencia de esta política descentralizadora, **el canje de libretas**, que antes se hacía sólo en Santiago, se hará también en lo sucesivo en provincias.

B. 1.º La inscripción y la entrega de duplicados de libretas, sólo durará diez días, en vez de 30 como ha sucedido hasta ahora.

2.º La devolución de imposiciones y la concesión de pensiones de invalidez y de vejez se hará en 20 días, en lugar de 60.

3.º Las rectificaciones de inscripción y el reconocimiento de imposiciones pagadas a la Caja por los patrones, demorarán 10 días, en vez de 40 como en la actualidad.

C. Nuevo sistema de estampillas. Habrá una estampilla única para facilitar la aplicación del Decreto 308, de 31 de Mayo de 1937, en la cual va claramente especificado el monto de la cuota patronal y el de la cuota obrera, en relación con las distintas zonas. Las libretas llevan, también, una tabla para facilitar el cálculo de las imposiciones.

D. Atención judicial gratuita para los asegurados. A partir de esta fecha, los Consultorios Jurídicos del Colegio de Abogados de todo el país atenderán sin costo alguno para los asegurados todos los asuntos que les interesen, sean de jurisdicción voluntaria o contenciosa.

TALLERES "CLARET"

Diez de Julio 1140. Santiago.

Precio \$ 2.60

